

# Didaje

Revista para la formación y el acompañamiento de las iglesias cubanas

No. 10

julio-diciembre, 2016  
NUEVA ÉPOCA

Discernimiento, una necesidad de nuestros tiempos

Una teología para la capellanía carcelaria

Nuestros antepasados en la fe

La iglesia como comunidad de salud y cuidado

Visiones, sueños, utopías y desafíos

La otra cara de las iglesias evangélicas en Colombia

Carta a las iglesias de Colombia

Mensaje del 36 Congreso de Teología sobre  
"Migrantes, refugiados y fronteras.  
De la exclusión a la hospitalidad"

Federico Pagura: "No le tengo miedo a la muerte,  
sí a una vida sin sentido"

# *Didajé*

Revista para la formación y el acompañamiento de las iglesias cubanas

**Fundada en 1998**  
**Publicación semestral**

**Director**

Carlos Emilio Ham Stanard

**Editora General**

Beatriz Ferreiro García

**Editora**

Mayra Beatriz Martínez Díaz

**Diseño gráfico**

Arnulfo Espinosa

---

Revista orientada a la formación y actualización de conocimientos de pastores y laicos en temas bíblicos, teológicos, antropológicos y pastorales.

Ocasionalmente publica resúmenes de talleres, jornadas y demás eventos auspiciados por el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.

Las opiniones expresadas en este número representan las ideas de los autores, con las que no necesariamente coincide la institución patrocinadora.

Inscrita en el Registro Nacional de Publicaciones Seriadas con el número 0506. ISSN 2307-3861.

---

**Suscripción anual**

Cuba	10.00 pesos
América del Norte	15.00 USD
América Latina	10.00 USD
Europa	15.00 USD
Resto del mundo	20.00 USD

---

**Pedidos a:**

Seminario Evangélico de Teología  
Apartado Postal 1439.  
Matanzas. 40100  
Matanzas, CUBA

Teléfono: (53) 45290575

C-electrónico: [cubateologica@seminario.co.cu](mailto:cubateologica@seminario.co.cu)

Website: [www.setcuba.org](http://www.setcuba.org)

# Didajé

## No. 10

julio-diciembre, 2016  
NUEVA ÉPOCA

Presentación <i>Beatriz Ferreiro García</i>	3
Discernimiento, una necesidad de nuestros tiempos <i>Reinerio Arce Valentín</i>	5
Una teología para la capellanía carcelaria <i>Francisco Rodés González</i>	13
Nuestros antepasados en la fe <i>Adolfo Ham Reyes</i>	17
La iglesia como comunidad de salud y cuidado <i>Daniel S. Schipani</i>	24
Visiones, sueños, utopías y desafíos <i>Clara Luz Ajo Lázaro</i>	35
La otra cara de las iglesias evangélicas en Colombia <i>Pablo Moreno</i>	39
Carta a las iglesias de Colombia <i>Seminario Evangélico de Teología</i>	43
Mensaje del 36 Congreso de Teología sobre "Migrantes, refugiados y fronteras. De la exclusión a la hospitalidad"	44
Federico Pagura: "No le tengo miedo a la muerte, sí a una vida sin sentido"	47

## De los autores

**REINERIO ARCE VALENTÍN.** Teólogo y presbítero gobernante de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba. Es doctor en Teología por la Universidad de Tubinga, en Alemania. Ejerce la docencia en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, donde, además, es vicedecano para el Instituto Superior de Estudios de Ciencias de las Religiones, en La Habana. Es autor de *Religión: poesía del mundo venidero. Implicaciones teológicas en la obra de José Martí* (1996) y *40 años de testimonio evangélico en Cuba* (2000).

**FRANCISCO RODÉS GONZÁLEZ.** Pastor de la Fraternidad de Iglesias Bautistas de Cuba y profesor de Historia de la Iglesia en el Seminario Evangélico de Teología. Es director del Centro Kairós, para las artes, la liturgia y el servicio social, de Matanzas. Además de numerosos ensayos y artículos, es coautor de *Y me seréis testigos. Un acercamiento a la evangelización y la misión desde Cuba* (2004).

**ADOLFO HAM REYES.** Filósofo, teólogo y pastor presbiteriano-reformado. Profesor del Departamento de Filosofía e Historia de la Iglesia del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas. Entre sus obras teológicas, se distinguen los libros *Historia y poder. Comentario sobre el libro de Reyes* (1999), *Praxis teológica* [t. 1] (2007) y *Capítulos de una historia de amor. Místicos del amor* (2009).

**DANIEL S. SCHIPANI.** Pastor menonita, filósofo y pedagogo. Es profesor de Cuidado y Consejo Pastoral en el Associated Mennonite Biblical Seminary, en Elkhart, Indianápolis, los Estados Unidos. Asimismo, es conferencista y profesor visitante en numerosas instituciones en América y Europa. Es autor, entre otros, de los libros *El reino de Dios y el ministerio educativo de la iglesia. Fundamentos y principios de educación cristiana* (1983) y *Multifaith Views in Spiritual Care* (2013).

➡ Continúa en la página 16

# Presentación

La primera idea que nos viene a la mente cuando pensamos en el “discernimiento” es en la capacidad humana de distinguir entre el bien y el mal. En realidad, su papel en el campo de la antropología y la experiencia cristiana va mucho más allá. En este número de *Didajé*, vamos a conocer, de la mano de Reinerio Arce, cómo “discernir [...] guiados por el Espíritu, adquiere una dimensión no solo espiritual y eclesial sino sociopolítica. La cruz, sin duda, tiene un significado teológico, que es cimiento de la fe cristiana; pero ese sentido está indisolublemente ligado a su significado político-social.”

Probablemente, por esa razón, ha de ser necesario, siempre, hacer un discernimiento, a lo que san Pablo nos invita insistentemente (1Ts 5, 19-22; 1 Co 12,10; 14,1-33).

En todo caso, tal y como expresara Yves Congar, teólogo francés y cardenal de la Iglesia católica,

aparte de un “carisma” que tendría el carácter de un juicio intuitivo e inmediato, el discernimiento utiliza criterios que son reglas de objetividad: referencia a Jesucristo, búsqueda de normas en la Escritura santa (tan llena de fuerza y de adulta sabiduría), situarse en la línea del plan de Dios; y si se necesita una cierta casuística, hacer como san Pablo, que tomaba como criterios los requerimientos de la caridad, lo que “edifica”; la aceptación de la prueba, ese fuego que verifica la calidad de la obra de cada uno (1 Co 3,13); la conversión paciente de nuestra subjetividad para que se conforme y armonice cada vez más con el modo según el cual Jesús vivió el evangelio; es decir, la calidad de la vida.<sup>1</sup>

En este número, también abordamos otros temas, desde la necesidad de una teología para la capellanía carcelaria, al papel que jugaron “nuestros antepasados de la fe”: tanto personajes bíblicos que confesaron a Jesús como héroes y mártires de América Latina... Artículos muy diferentes para aprender y pensar juntos en nuestra cita semestral con la misión y la teología.

Previo a esta edición, vio la luz *Manual de psicología pastoral: fundamento y principios de acompañamiento*, nuevo libro de Daniel S. Schipani. El volumen, publicado por el Seminario Evangélico de Teología, está diseñado desde la perspectiva de la psicología pastoral, cuyas dimensiones teóricas y prácticas integran, de maneras únicas, los recursos de la psicología y la teología pastoral.

De esta obra, reproducimos aquí el capítulo 1 —“La iglesia como comunidad de salud y cuidado”—, un texto que, amén de presentar algunos ejemplos para ayudarnos a comprender y apreciar el llamamiento de la iglesia como comunidad sanadora, aborda lo que el autor llama “la triple razón de ser de la iglesia”. Con este fragmento, va la gratitud al doctor Schipani por su espléndida trayectoria y su generosa contribución a nuestro seminario.

Hemos querido publicar, como un recordatorio de homenaje, la última entrevista que concedió, a los medios, el obispo metodista, líder ecuménico y defensor de los derechos humanos Federico Pagura, quien murió el pasado 6 de junio, a los noventa y dos años, en la ciudad de Rosario, Argentina.

Asimismo, incluimos un análisis sobre las reacciones de las iglesias evangélicas de Colombia durante el plebiscito del 2 de octubre, en el que más de seis millones de colombianos expresaron, mediante su voto, los reparos al “Acuerdo de paz” firmado entre el Gobierno Nacional y las FARC-EP, y el texto de la “Carta a las iglesias de Colombia”, suscrita en el marco de los festejos por los setenta años del Seminario de Matanzas.

El lector encontrará, finalmente, el “Mensaje del 36 Congreso de Teología sobre ‘Migrantes, refugiados y fronteras. De la exclusión a la hospitalidad’”, tema de gran interés en el contexto de la crisis migratoria cubana que tiene lugar en Centroamérica.

Disfrute este número 10. Aquí vamos de nuevo.

**Beatriz Ferreiro García**

Editora general

#### Nota

- 1 Yves Congar: *Sobre el Espíritu Santo. Espíritu del hombre, Espíritu de Dios*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2003, pp. 59-60.

# Discernimiento, una necesidad de nuestros tiempos

Reinerio Arce Valentín



Hace unos días, un compañero y amigo me comentaba la necesidad de profundizar en el significado del *discernimiento* desde la perspectiva de la fe cristiana, para la Cuba de hoy. No se trata de algo nuevo. Ya hace alrededor de dos años, el Seminario de Matanzas dedicó su jornada teológica anual al tema. Las ponencias y los resultados fueron publicados en la revista *Didajé* no. 1, de 2012.

Por otra parte, en enfoques que contrastan con los anteriores, muchos predicadores evangélicos o evangelicales se refieren al término en sus sermones y conferencias. Asimismo, hacemos referencia al *discernimiento* cuando hablamos de la ética cristiana, lo que muchas veces identificamos como *discernimiento ético*. Sin embargo, nos hace falta continuar profundizando en el tema desde una perspectiva bíblico teológica, de manera que nos sea útil para nuestra misión como iglesia y para nuestro discipulado como cristianas y cristianos, en la Cuba de hoy.

Vivimos un momento muy especial en nuestra patria. Momentos de definiciones; de esos tantos que llamamos *kairós*, determinantes en la historia de los seres humanos; para

el presente y futuro de la nación y el pueblo cubanos. Diría más, momentos decisivos para lo que pudiéramos llamar “nuestra cubanía”, es decir, el sentido esencial de ser cubana o cubano. Martí llamó a esos instantes especiales de nuestra historia “la hora de los hornos”.<sup>1</sup>

El *discernimiento* es un concepto bíblico, que aparece en muchas ocasiones a lo largo de las Escrituras, en el Antiguo y el Nuevo Testamentos. Se traduce al español como “discernimiento”, una variedad de términos tanto del hebreo como a partir del griego *koiné*. Se interpreta, frecuentemente, con un sentido muy individualista y hasta pudiéramos decir enajenante. Según estas lecturas, *discernimiento* sería la necesidad de que cada cristiano o cristiana, cada cual de forma individual, analice, observe y cuide su pensar y su actuar, para que, así, su comportamiento pueda ser coherente con su profesión de fe y no haga peligrar su salvación. “Discernir”, entonces, desde esta perspectiva individualista, significa cuidarnos de no caer en pecado por influencia de las fuerzas del mal —el diablo o Satanás—, que siempre intentan incidir sobre nuestras vidas y nuestro comportamiento. En consecuencia, tendríamos que aprender no solo a discernir sino a dejarnos ayudar por aquellos capaces de identificar los malos espíritus que nos asechan, esos que nos quieren desviar hacia el pecado e impedir nuestra salvación personal.

Uno de los problemas en relación con los trabajos y los sermones sobre el tema del discernimiento cristiano, es, precisamente, que sus análisis poseen esa impronta individualista antes señalada: se circunscriben a las decisiones que la persona cristiana debe que tomar para su salvación personal. Sin embargo, si bien es cierto que lo personal es importante, tiene que pasar, primero, por el proyecto que vino a anunciar y a inaugurar Jesús, que es el proyecto de reinado de Dios. De ahí que una precondition del estar listos para poder invocar el Espíritu, de manera que podamos discernir para los tiempos que nos tocan, es—como pidió el propio Jesús a los discípulos que quisieran seguirlo— “negarse a sí mismo”.

Negarse a sí mismo tiene varios significados en nuestra práctica cristiana. En primer lugar, no poner los intereses personales delante de los intereses del reinado de Dios. Cuántas veces caemos en ese pecado, buscando reconocimiento y vanagloria personal, y nos desviamos del camino de Jesús.

En segundo lugar, implica no poner los intereses eclesiales por delante de los intereses del reinado de Dios. Cuántas veces la iglesia, en su historia, una y otra vez, ha priorizado sus propios intereses ante los intereses de justicia, paz y amor del reinado de Dios.

En tercer lugar, entraña no dejarse arrastrar por las fuerzas del pecado, en busca de poder, ni comprender las responsabilidades que se nos asignen como algo que merecemos, en lugar de verlas como son: oportunidades de servir y de



seguir al Maestro. En fin, negarse a sí mismo es no tener ambición de poder sino pasión por el servicio.

Por otra parte, según el *Diccionario de uso del español de América y España Vox*, “discernir” puede tener tres acepciones. Una primera: “Distinguir por medio del intelecto una cosa de otra o varias cosas entre ellas”. También puede significar: “Conceder u otorgar a una persona un honor”. Y, por último: “Designar a una persona la tutela de un menor”. Pensemos en estos tres significados. Desde nuestra práctica, solo aceptamos la primera definición; pero me pregunto si no sería importante, también, desde nuestra fe y compromiso cristianos, tener en cuenta las otras. Así, *conceder honor a una persona*, pudiera ser, en nuestro caso, honrar a Jesucristo como nuestro Señor. Igualmente, *designar la tutela*, pudiéramos interpretarlo como otorgar a él toda nuestra confianza y afirmar su tutela sobre nosotros: alcanzar la certeza de que hemos sido adoptados por él como hermanos suyos. Al integrar las tres acepciones, el *discernimiento* supondría otros dos aspectos, que no excluyen al primero, sino lo enriquecen: el reconocimiento de que Jesucristo es nuestro único Señor y, al mismo tiempo, la manifestación de nuestra absoluta confianza. Los tres pudieran conformarlos fundamentos del discernimiento cristiano.

Sin embargo, existen otras propuestas con posibilidades de comportarse como alternativas a las perspectivas individualistas. Una de ellas la pudiésemos encontrar a partir de la definición que aparece en el *Diccionario de filosofía*, de José Ferrater Mora. El mismo añade una mirada muy interesante al tema. Realmente, él no dedica, aisladamente, un epígrafe entero a definir el significado del término desde la filosofía. Se refiere a él cuando lo distingue del concepto “definir”. Nos dice que, al parecer, muchas veces confundimos “discernir” con “definir”. Mayormente, no establecemos la diferencia y, en lugar de intentar *discernir*, evaluar, entender lo que está sucediendo a nuestro alrededor, lo que hacemos es intentar *definir* la realidad de acuerdo con nuestros preconceptos.

Si aplicamos esta sutil diferenciación entre “discernir” y “definir”, desde una perspectiva teológica, significaría que no leemos la realidad usualmente con los lentes de la fe y el amor, para, de forma adecuada, intentar saber lo que Dios está haciendo en el mundo y lo que quiere de nosotros. Por el contrario, lo que hacemos es definir y, por lo tanto, encerrar en ideas preconcebidas lo que sucede a nuestro alrededor. No evaluamos la realidad. Lo que hacemos es diagnosticarla para enclaustrarla según conceptos e ideas ya predispuestos, de acuerdo, en muchas ocasiones, a nuestros intereses personales e institucionales.

Por su parte, Carrau, en un artículo sobre el discernimiento apostólico ignaciano, explica el discernimiento como una manifestación de la gracia de Dios. Pero, además, asegura que el discernimiento es arte y sabiduría. Gracia,

porque proviene de Dios como una manifestación del Espíritu, como don de Dios. Nos dice este autor que todo discernimiento redonda en la edificación de la iglesia y el mundo, debe de ser hecho en y por la iglesia, y debe vivir impregnado del evangelio. Y es por esencia, un modo de entender la relación con Dios, con los demás y con el mundo. De ahí que, también, sea un arte y resultado de la sabiduría divina, que actúa en nosotros. Para este autor, las etapas del discernimiento se manifiestan en una tríada: “sentir”–“conocer”–“amar” y, además, “servir”. Por lo que tiene, además de un sentido individual, un carácter eclesial y social, que nos lleva a la práctica del amor a través del servicio.

Indudablemente, se ha escrito mucho sobre este tema. Otro abordaje, quizás con un sentido más amplio y beneficioso sobre la práctica de los cristianos, constituyen los trabajos que se refieren al *discernimiento ético* que se relaciona con la puesta en práctica de la ética cristiana.

Sin embargo, dentro de esta diversidad de enfoques, me gustaría vincular el discernimiento al discipulado. Para ser discípulo hay que discernir. Esto quiere decir que, como individuos y comunidades de fe, tenemos que estar totalmente conscientes de que Dios nos ha llamado a vivir esa fe en un lugar y un momento histórico determinados. Así, estamos llamados a “discernir las señales del tiempo” (Mateo 16,3), no solo como personas sino como iglesia, como comunidades de fe, cristianas y cristianos que sienten el llamado al discipulado (cf. Mateo 16,24). Es por eso que no se puede hablar de discernimiento independiente del discipulado. O sea, que para ser discípulo hay que constantemente estar discerniendo sobre la realidad que nos rodea, sobre los retos que nos presenta esa realidad y, en consecuencia, intentar reconocer cuál es el llamado que Dios nos hace en ese momento para actuar acorde con su voluntad. Hacer un esfuerzo, con la ayuda del Espíritu, para saber qué Dios quiere de nosotros. Esto significa que, además de los principios éticos que deben guiar nuestro análisis y modo de actuar, habría que tener en cuenta el sentido y alcance del discipulado.

Discernir para el discipulado, significa analizar de qué manera podemos colaborar para la realización plena del reinado de Dios; identificar las acciones y los aliados en este proceso de búsqueda de las señales de los tiempos para la construcción de su reinado. Dios nos llama a superar las estructuras de poder absoluto, jerárquico —diría “monárquico”—, que se perpetúan en las iglesias y en las sociedades contemporáneas.

Existe una palabra del idioma inglés, *kingdom*, que, aunque en muchas ocasiones no se le reconoce el carácter sociopolítico de su contenido, significa “la familia de Dios”. Jesús predicaba sobre la familia de Dios que hay que reconstruir. Jesús no predicaba precisamente para llenar las sinagogas, sino para

construir comunidades inclusivas de amor, lo que él identificó como el reinado de Dios.

En Cuba, nos encontramos ante una situación especial por la reanudación de las relaciones con los Estados Unidos después de tantos años de aislamiento, con todo lo que ello implica —no solo positiva sino, también, negativamente por el peligro que representa su efecto sobre nuestra cultura y nuestra forma de ser—. Vendrán —¡o ya están aquí!— los nuevos “misioneros”, la gran mayoría de ellos con muchos recursos monetarios y con ofertas tentadoras. De ahí que se hace necesaria una actitud clara y comprometida con el reinado que Jesús nos propone, para poder descifrar la nueva realidad. Es por eso que discernir para el discipulado es tener la intuición y sabiduría necesaria para identificar a los emisarios del dios Mamón, que nos llegan del Norte, ofreciéndonos dinero y cosas a cambio de nuestro servicio. Habría que decretar una alerta frente a la avalancha de los emisarios de ese “dios dinero”, que quieren construir sus templos y sus catedrales del consumo. Ya hemos tenido pequeñas muestras de lo que puede sobrevenir.

Por lo tanto, el discipulado resultado del discernimiento evangélico, debe, de acuerdo con el contexto, preguntarse y descubrir qué hacer para tener una mayor participación en la construcción del reinado de paz. No de la *pax* a lo Roma imperial, que siempre llega a través de la violencia y la multiplica en todas sus expresiones, sino la paz que se hace realidad y se concreta mediante el amor y la justicia. El *shalom* que proclamaba Jesús.

Tenemos, siempre, que buscar la forma de ser hacedores de justicia y paz. Y esto comienza por lo más elemental, que no deja de ser lo más importante: la disposición y el compromiso con los más desvalidos en la sociedad, con los marginados y los que más sufren por diversas causas. Porque lo contrario al amor no es el odio: lo contrario al amor es la indiferencia.

Uno de los mayores retos para la Cuba de hoy es el proceso que viene ocurriendo, desde hace algunos años, de acentuación de las diferencias sociales y económicas entre las cubanas y los cubanos. A medida que aparezcan más personas marginadas económicamente —incluso que comiencen a deambular por las calles o los parques—, el peligro de la indiferencia contraria al amor será más grande. A medida que tengamos más ancianos que atender, el peligro de la indiferencia será mayor. A medida que afloren los prejuicios contra los “no iguales”, contra las minorías, deberemos tener mayor poder de discernimiento para no perder el rumbo ante el peligro de la indiferencia, la intolerancia, la inmovilidad y la inercia.

Entre los retos que afrontan las iglesias, está lo que denomino su “fariseísmo prejudicado”. Me refiero a los prejuicios discriminatorios, que nos conducen a la

hipocresía del fariseo. Tenemos que prestar mucha atención a esto. Predicamos el amor de palabra, pero estamos llenos de prejuicios que nos impiden practicarlo. Así, el discernimiento para el discipulado consiste, asimismo, en encontrar el modo de ayudarnos unos a los otros en una consciente y constante labor educativa, para liberarnos de nuestros prejuicios y poner nuestros dones en función de construir el reinado de Dios: el primer paso sería la creación de una sociedad diversa, donde los seres humanos, independientemente de su raza, sexo u orientación sexual, tengan cabida como seres humanos.

El discernimiento que conduce al discipulado tiene otro elemento importante, sobre el cual deberemos estar alertas. Se trata de saber diferenciar, siempre, a quién o quiénes respondemos. Si seguimos a Jesús de Nazaret, entonces eso quiere decir que solo a él nos debemos. Para expresarlo en términos claros y precisos: Jesucristo es el único Señor y no hay otro. Ni el papa, por muy progresista que sea su discurso, ni tampoco los llamados “apóstoles”, que ahora proliferan, incluso, en nuestra patria, tergiversando el sentido bíblico del apostolado. El lema de los reformadores franceses tiene aún mucha vigencia: “Cada cristiana y cristiano es un papa con la Biblia en la mano”. Y, para añadir un necesario complemento, al decir de Karl Barth: “el periódico en la otra”. Podemos y debemos hacer alianzas eclesiales, políticas, sociales, respetando las leyes y las formas de gobierno de nuestras instituciones. Estamos, como ciudadanos, en la obligación de cumplir las leyes, pero, además, de ser conscientes de que lo hacemos en nombre de aquel a quien seguimos y obedecemos: Jesús de Nazaret, el hijo del Dios viviente. Él es nuestro único Señor. De esto se deriva que el discernimiento para el discipulado, desde el momento en que se reconoce que el único señor es Jesucristo, implica asumir el riesgo de esa opción.

Discernir, entonces, guiados por el Espíritu, adquiere una dimensión no solo espiritual y eclesial sino sociopolítica. La cruz, sin duda, tiene un significado teológico, que es cimiento de la fe cristiana; pero ese sentido está indisolublemente ligado a su significado político-social. La crucifixión constituía el castigo de los gobernantes romanos para los transgresores políticos. Por mucho que tratemos de adornarlo, Jesús muere en la cruz por ser un subversivo. Fue un rebelde que se enfrentó al imperio romano y al poder religioso de su tiempo. Aunque sabemos que la sentencia de muerte en la cruz fue solamente decretada por Pilato, no cabe duda de que el Sanedrín y las estructuras de poder religioso jugaron un papel importante en la condena. Por lo tanto, muere en la cruz, también, por enfrentarse a una religión vendida a los intereses de sus representantes y a los intereses imperiales y de los grupos dominantes del Israel de su tiempo.

Discernir significa, entonces, encontrar las vías para evaluar la realidad en función de nuestro compromiso político-social, asumiendo los riesgos de tal compromiso. Por eso, es tan necesario, además, el diálogo con las ciencias

sociales y económicas. Cada vez que las estructuras religiosas o políticas pongan piedras en el camino del seguimiento a Jesús, es necesario discernir sobre los caminos a seguir para trabajar con responsabilidad eliminando esas piedras que nos impiden seguir al Maestro y construir una sociedad más justa para todas y todos. Significa encontrar las vías y los aliados para trabajar en conjunto por eliminar todo obstáculo a la realización de la justicia y la construcción del reinado de Dios. No podemos, si queremos seguir al Maestro, permanecer indiferentes y callados frente a las desviaciones que se producen en la sociedad, en lo social, lo político, lo económico, incluso en lo religioso, que puedan apartarnos del proyecto ético que hemos intentado construir a lo largo de nuestra historia como pueblo; un proyecto cuyo camino ha sido iluminado, al decir del gran maestro José de la Luz y Caballero, por el “sol del mundo moral”:<sup>2</sup> por la justicia.

De la misma manera, discernir es saber asumir la crítica responsable y constructiva. Quiere decir, en primer lugar, no hacerla desde “el balcón”,<sup>3</sup> como dijera Juan A. Mackay: no como jueces inmunes y puros desde fuera de la sociedad. Hacer la crítica desde el propio camino y junto al pueblo al cual nos debemos. Y comenzar las transformaciones con nosotros mismos, autocríticamente. Existen iglesias que se preocupan y hasta denuncian la falta de democracia, la verticalidad de las decisiones, la falta de participación y de derechos para todas y todos en la sociedad, y, al mismo tiempo, mantienen estructuras y sistemas monárquicos y absolutistas. Como decía el propio Jesús: ven “la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo” (Mt 7,3).

Es necesario saber identificar los problemas y las desviaciones, y hacer una crítica directa frente a las injusticias, trabajar por superarlas, teniendo en cuenta la complejidad de los tiempos que vivimos; hacer una crítica desde el compromiso con el pueblo y con la nación de la cual somos parte. No una crítica bien redactada en forma de artículos, incluidos en revistas o páginas web para ganar fama de detractores o de opositores o para aparecer en periódicos extranjeros. Se trata de discernir para que, a través de la crítica participativa, podamos corregir los descarríos que estamos viviendo y retornar al camino del reinado de Dios.

Se viven momentos sumamente complejos, donde nuestra sobrevivencia como nación está en juego. Por eso, el discernimiento constituye una necesidad para superar los rumbos errados y para evitar el desmembramiento. Por eso, tenemos que orar para que el buen Dios padre y, sobre todo, madre, de nuestro señor Jesucristo, nos dé el poder del discernimiento. Para que nos dé la valentía necesaria para *tomar la cruz cada día*, de forma que podamos seguir al Maestro y eliminar las piedras del camino, que impiden que lo sigamos y, en consecuencia, obstruyen nuestro obrar por la justicia, la vida y la paz para todos los seres humanos y para toda la creación.

Tenemos que ser conscientes de que, quizás, entraremos en confrontación con determinadas estructuras de la iglesia enceguecidas por los prejuicios y los intereses puramente eclesiales y personales, que tergiversan el sentido de su propia misión. Esas que, consciente o inconscientemente, desfiguran el verdadero sentido del discernimiento cristiano. La iglesia no es un fin en sí mismo sino un medio para lograr el reinado de Dios para todas y todos.

Al final, el sentido del discernimiento, al decir de Carrau, es “amar y servir”, lo cual es, en última instancia, el sentido del discipulado. Como Jesús mismo nos hizo saber: “he venido para servir” (Mt 20,28).

En la realidad que hoy nos ha tocado vivir, tenemos que orar para que Dios nos otorgue la capacidad de discernir, de manera que podamos ser una iglesia de servicio en medio de la sociedad y así colaborar, al decir del apóstol Pablo, con la construcción de su reinado en nuestra patria y en el mundo. Reinado de justicia y paz, que solo se logra con la práctica del amor eficaz. ♦

#### Notas

- 1 José Martí: “A José Dolores Poyo”, *Obras completas*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 275.
- 2 Frase recogida por el patriota cubano Manuel Sanguily: “Antes quisiera, no digo yo que se desplomaran las instituciones de los hombres —reyes y emperadores—, los astros mismos del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral”. Manuel Sanguily: *José de la Luz y Caballero* (Estudio crítico), Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1962, p. 174.
- 3 Juan A. Mackay: *Prefacio a la teología cristiana*, Casa Unida de Publicaciones / El Faro, México, DF, 1984, p. 37.

# Una teología para la capellanía carcelaria

**Francisco Rodés González**



**L**a teología que asumimos tiene una gran importancia en el momento en que nos acercamos a un interno para brindarle la asistencia religiosa. Sin conocer a esa persona, podemos albergar posturas de superioridad cuando nos preguntamos interiormente cómo será: ¿buena o mala? Si está en la prisión, podemos suponer que ha cometido faltas y está pagando por ellas. Nuestra inclinación natural ha de ser, entonces, tratar de guiarla hacia el reconocimiento de su culpabilidad. Más allá del error que haya cometido y que la haya puesto en tal situación, pensamos que su acercamiento a Dios debe transitar por una profunda mirada a su pecaminosidad natural, herencia del llamado “pecado original”. A partir de asumir la realidad tenebrosa del mal existente en la naturaleza humana, se propone un camino de transformación espiritual. Es, pues, una conversación que comienza sentando a la persona en el banquillo de los acusados.

Por supuesto, nosotros estamos situados en otro lugar muy diferente. Nos sentimos superiores; vamos a extender la mano a alguien que está debajo de nosotros; somos los buenos, somos sus salvadores.

El fundamento de este enfoque se basa en la enseñanza tradicional de la iglesia cristiana, sustentada según textos bíblicos que se refieren a esa idea del pecado en que hemos sido formados desde el vientre de nuestra madre (Salmo 51). Una tradición fuerte, que informa la teología protestante y católica, y que apunta a desmontar nuestro orgullo y autosuficiencia, para que el ser humano caiga humillado ante la gracia de Dios, quien es capaz de implantar en nosotros una nueva naturaleza, un nuevo nacimiento.

Sin embargo, desde el punto de vista de la pastoral hacia personas que sufren por sus faltas —en ocasiones, con una historia de vida que incluye una infancia en la que fueron víctimas de violencia y abusos, por lo que han conocido solo el lado oscuro de la sociedad—, pudiera no ser una buena práctica comenzar su atención pastoral desde el presupuesto de que la naturaleza humana es intrínsecamente perversa. Me pregunto, ¿decirle “tú eres malo” es lo que necesita la persona encarcelada? ¿Es eso lo que hizo Jesús con los pecadores que le rodeaban?

Con esto no estoy proponiendo que sea necesario dejar de predicar el arrepentimiento de los pecadores, sino que se debe balancear la perspectiva antropológica negativa con una segunda mirada capaz de arrojar luz más profundamente en la condición humana. Meditemos en estos aspectos:

1. Cuando conocemos a una persona, cuando la tratamos por primera vez, frecuentemente olvidamos que en ella está presente —no importan las apariencias, no importa lo que ha ocurrido con su vida— la propia imagen de Dios. Esa imagen puede estar manchada, distorsionada, pero nada puede alterar esa realidad: fuimos creados a su imagen y semejanza. El ser humano tiene una vocación innata para la creatividad, tanto en el arte como en la ciencia, que lo lleva a la búsqueda incesante de nuevos horizontes; una sed de saber y de belleza. Son indicios de esa semejanza con la divinidad que marcó nuestra creación.

2. Pablo lo dice de otra manera, citando a los propios autores paganos: “Somos linaje de Dios” (Hechos 17,28b). Esta atrevida afirmación aporta un elemento de dignidad muy especial: el linaje se recibe por derecho de nacimiento y no se pierde jamás. Por tanto, nadie es hijo del diablo, aunque su comportamiento nos lo sugiera. Dios no tiene hijos bastardos; todas y todos son de un valor infinito. La parábola del hijo pródigo nos dice que, aunque esté lejos del hogar, no ha perdido su condición de hijo amado.

3. Un segundo texto acerca de la creación humana (Génesis 2,7) nos dice que Dios formó a la humanidad del polvo de la tierra —buena conexión con el mundo material—, y que, luego, sopló sobre ella su aliento de vida. Este aliento de Dios, que despierta el nacimiento de la vida humana, es algo íntimo y profundo, es un vínculo con la misma esencia divina. No se trata de una simple semejanza con



Dios, se trata de una participación, de una comunión estrecha con su naturaleza. Esta es nuestra esencia humana, que nos vincula con un destino de superación, en un anhelo de lo divino. Ciertamente, este anhelo de divinidad se pervirtió por el impulso egocéntrico de querer ser igual a Dios y ejercer un dominio idolátrico sobre la creación y sobre el prójimo: de ahí la fuente de violencia destructiva que percibimos desde los mismos orígenes de la humanidad.

Pero, a pesar de este camino torcido, la esencial espiritualidad del ser humano está atestiguada a lo largo de su historia por esa búsqueda de una “vida diferente”, un “cielo nuevo y una tierra nueva”, una renuncia a la conducta autodestructiva, que opta por un camino de vida y paz —lo cual, de una manera u otra, queda plasmado en los testimonios de las diferentes religiones mundiales—. No debe sorprendernos que hayan personas de cualquier credo, o de ninguno, que muestran sensibilidad y compasión por los que sufren y que están dispuestas a sacrificar sus vidas por los demás: es que el “aliento de vida”, lo que nos humaniza, está en todos y todas.

4. Un texto muy desafiante lo encontramos en Juan 1,9: “La luz verdadera que alumbra a todo hombre venía a este mundo”. Cuando dice que la luz alumbra a todo hombre, me hace pensar en esa hambre de amor, de verdad, que procede del mismo aliento de Dios, la imagen divina de la cual participamos todos. Se manifiesta, de una manera plena, en la vida y obra de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios e Hijo del Hombre. En él se revela, en toda su pureza, la imagen divina, nuestro verdadero yo, sin contaminación alguna.

De modo que, al intentar cumplir nuestra misión de llevar las buenas nuevas de Dios a los demás y, en especial, a los marginados de la sociedad, tenemos una buena noticia que compartir: no se trata de adquirir otra identidad, de implantar en nosotros algo ajeno, cuando hemos distorsionado nuestra imagen original, sino todo lo contrario. El asunto sería ir a la fuente de nuestro propio ser, cavar en lo profundo para encontrar todo lo divino que hay dentro; dejar que esa luz de Cristo, que, tal vez, estaba apagándose, alumbre con toda intensidad.

Permítaseme explicarlo con un ejemplo muy familiar. La ciudad donde vivo está atravesada por dos ríos. El más caudaloso, el San Juan, surge a unos doce kilómetros de la población, desde un manantial de aguas cristalinas. Bello manantial, rodeado de frondosos árboles, es una fuente de vida: sus aguas fluyen en dirección al mar, su cauce culebrea caprichosamente, pero, en lo que va acercándose a los suburbios, empieza a recibir residuos contaminantes y, ya al penetrar en la profundidad de la ciudad, la impureza ha aumentado a tal grado que sus aguas son extremadamente peligrosas para la salud humana, ya no se parecen a la cristalina del manantial.

Pienso que al nacer somos como ese manantial de aguas puras. Tal vez la ternura y gozo que nos provoca contemplar un bebé es porque vemos en él la inocencia divina que hemos perdido. Sabemos que, muy pronto y en el mismo hogar que lo vio nacer, empezará a recibir la contaminación manifestada por los gestos violentos, la codicia, el miedo y tantos otros pequeños demonios, que se irán adhiriendo a su personalidad, creando un falso yo, una imagen distorsionada de su verdadera identidad. No somos conscientes de eso. Tal vez es lo que llamamos el pecado original, que lo asumimos como nuestra naturaleza, el “así soy yo” que nos hace repeler cualquier intento de cambio.

El camino de la transformación, entonces, representa un camino hacia nuestra verdadera naturaleza, como hijas e hijos que recibimos la imagen de Dios y que, en Cristo, finalmente, tenemos un modelo de vida. Hay que limpiar la fuente para que “de su interior corran ríos de agua viva” (Juan 7,38). Hay que decirle al castigado por la vida: “No, tú no eres eso que te imputan y que tú mismo te has creído. Lo que define tu identidad no son tus errores, sino la bondad que hay dentro de ti. Eres un hijo de Dios; en ti hay un potencial de vida y belleza incomparable. Este es el mensaje de vida nueva de Jesucristo; debes descubrirlo; atrévete a caminar hacia dentro de ti. Acéptalo y encontrarás la vida abundante que te hará feliz, la vida de amor y de paz que proviene de la intimidad con Dios y contigo mismo”. ♦

---

Viene de la página 2

**CLARA LUZ AJO LÁZARO.** Teóloga y líder laica de la Iglesia Episcopal de Cuba. Es licenciada en Teología por el Seminario Evangélico de Teología (SET), en Matanzas, y máster y doctora en Ciencias de la Religión, en las especialidades de Teología e Historia, por la Universidad Metodista de São Paulo, Brasil. Actualmente, es profesora y vicerrectora del SET. Es compiladora de *Teología y género. Selección de textos* (2002).

**PABLO MORENO.** Teólogo y rector de la Fundación Universitaria Bautista, en Cali, Colombia, donde, además, es profesor de Historia y Teología. Coordina el área protestante de la Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en América Latina. Es autor de *Por momentos hacia atrás... por momentos hacia adelante. Una historia del protestantismo en Colombia, 1825-1945* (2010). En 2016, viajó a Cuba en representación del sector de iglesias protestantes en la entrega y socialización de propuestas a la revisión del Acuerdo de paz entre el gobierno colombiano y las FARC-EP.

# Nuestros antepasados en la fe

**Adolfo Ham Reyes**



**Textos bíblicos: Hebreos 11,1-16.33-40; 12,1-2**

**E**ste es el capítulo más conocido de la epístola a los Hebreos. Algunos especialistas lo han considerado un apéndice o una interpolación posterior. Al respecto, sostiene Harold W. Attridge:

El capítulo 11 es una unidad bien definida y cuidadosamente construida, vinculada por una inclusión y enfocada temáticamente en el tópico de la fe, que se ha introducido mediante la cita de Habacuc al final del capítulo 10. Superficialmente el capítulo podría verse como un *excursus* entre las afirmaciones de la necesidad de resistir en 10,36 y la exhortación explícita a la constancia en 12,1. Y sin embargo la conexión del capítulo con su contexto es más íntima.<sup>1</sup> Todo el capítulo debe caracterizarse mejor como un encomio de la fe con propósitos parenéticos y expositivos al mismo tiempo. Muestra el poder de la fe con la pretensión que es responsable de muchos de sus triunfos, aunque parciales en la historia del pueblo de Dios.

Mientras ilustra lo que constituye el prerrequisito para la perseverancia, hace un llamado a los destinatarios a mantenerla.<sup>2</sup>

“La fe aquí se exalta no como una virtud entre otras, sino como la virtud cristiana cardinal, o por mejor decir, como una orientación de toda nuestra vida que le dará un nuevo sentido y que sola puede obtener, si no los milagros sucedidos a los antiguos, al menos la entrada cierta en la tierra prometida”.<sup>3</sup> La resistencia que se demanda tiene un fundamento bien específico, la fe ejemplificada por los héroes del pasado y realizada perfectamente en Jesús. La lista es un paralelo con diversos recuentos de la historia sagrada que aparecen en la literatura judía y la cristiana primitiva, pero desconocemos con certeza su fuente. Por ejemplo: Ez 20, Neh 9,6-38, Sal 78.135.136, Jdt 5. Considera Jean Héring que la presencia de numerosos semitismos en el texto parece suponer que el autor ha usado un *midrash* judío, que elogia a personas piadosas del pasado como en el Eclesiástico (capítulos 44 al 50),<sup>4</sup> y, también, por el hecho de que no menciona ningún mártir cristiano.<sup>5</sup> La lista de ejemplos comienza con Abel, similarmente a IV Macabeos 16,20-33 y “La alabanza de los ancianos” en Eclo 44-50. Se trata de una reiteración del discurso de Esteban en Hechos 7,35-40. Pero Hebreos comienza antes que estos y aporta una lista de nombres hasta el tiempo de Josué en correspondencia con Jesús —relaciona las virtudes de tales héroes fieles, que tuvieron que pagar grandemente por sus convicciones, y repite la frase “por fe” en formas diversas. Nótese las mujeres que aparecen en la lista, ¡especialmente Rahab! (v. 35) y Sara (v. 11). Aquí podemos leer la extraña expresión difícil de traducir: “recibió fuerza para fundar una descendencia”, que es, posiblemente, un eufemismo para referirse al semen. En el v. 35, menciona a “las mujeres que recibieron a sus muertos resucitados”, probablemente refiriéndose a la viuda de Sarepta (1 R 17,24), relacionada con Elías; a la sunamita (2 R 4,32-37), relacionada con Eliseo; y a la madre y los siete hijos de los Macabeos.

Como veremos, al comienzo del capítulo 12, Jesús es el fundamento de la fe de todos estos héroes: la fuente específica de la fe de los héroes, pero, igualmente, es la primera persona en haber alcanzado la meta última de la fe, la herencia de la promesa divina; y este cumplimiento de las promesas divinas en él es lo que hace posible que sus seguidores del antiguo pueblo de Dios logren, también, la salvación. Jesús es parte de esa “nube de testigos”, es el ἀρχηγός (“jefe”, “fundador”, “iniciador”) y es el τελειωτής (“perfeccionador”, “consumador”). Esta última palabra es un hápax que no aparece antes en la literatura sagrada o profana, y que se usará luego solo por autores cristianos, como los Padres de la Iglesia.

Me gustaría vincular a esta lista de “antepasados en la fe” cualquier otro elenco histórico que pudiéramos hacer de héroes de la iglesia o nacionales en el Caribe y Latinoamérica, como una sola lista de héroes de la fe. Tengo tres razones para ello:

1) El autor comienza su lista por Abel, Enoc y Noé, que son arquetipos universales, antes de la referencia a Abraham, con quien comienza la “historia sagrada” de Israel y la iglesia.

2) Encontramos en Heb 11,40: “porque Dios con una providencia más misericordiosa para con nosotros, no quiso que llegaran sin nosotros a la perfección final”. Este verso me da razón para vincular la “historia sagrada” con nuestra historia y narraciones de hechos en el Caribe o Latinoamérica, como una y única historia continua. “Sin la resistencia rigurosa en la fe de la generación de creyentes del autor, toda la constancia anterior sería fútil. Si los cristianos de la generación del autor se hicieran apóstatas y perdieran las promesas de nuevo, todos los otros creyentes no se perfeccionarían o serían plenos.”<sup>6</sup>

3) William Manson expresa que el llamado escatológico de Dios tiene el mismo carácter en todas las edades, y que Cristo ya estaba presente en la historia del Antiguo Testamento, así que la respuesta a la fe en el Antiguo Testamento fue, asimismo, implícitamente, una respuesta a Jesús.<sup>7</sup> Por ejemplo, cuando nos referimos a la liberación efectuada por Moisés, ¿podríamos igualmente aplicarlo a cualquier otro patriota liberador en el Caribe y América Latina en el sentido de ser parte de una misma historia? Pienso que este es el caso, en virtud del mismo argumento: la conexión con la historia del Antiguo Testamento.

Creo que la llamada “historia sagrada” está enlazada con la “historia secular”, así como se identifica la *hokmah* (“gloria”) del Antiguo Testamento con el *logos* del Nuevo Testamento. La historia, el culto y la Torá eran testigos de Cristo. En el verso Heb 13,8, “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre”, si el ayer se aplica a la revelación en Israel, se puede atribuir también al “hoy” de nuestras historias nacionales, como si estas compartieran, en cierta medida, una cualidad reveladora y soteriológica.

11,1. Es una definición de fe, que, por cierto, no es la única en la Biblia en términos de una aprehensión subjetiva de la realidad del mundo invisible.<sup>8</sup> Este autor sostiene que hay que escoger entre dos sentidos: 1) sustancia, realidad, esencia, o 2) confianza, firmeza, certidumbre. Y *πιστᾶσις* aparece tres veces en Hebreos: 1,3, 3,14 y 11,1. Según Attridge, se ha interpretado en cinco modos: a) el más generalizado desde Erasmo y Lutero, como seguridad o confianza en los objetos de la esperanza religiosa, firmeza de persuasión, certidumbre (Manson); b) fundamento; c) sentido legal de “garantía” o “título”, como la condición necesaria para la realización de las esperanzas; d) sentido ético, resolución o firmeza; y e) sentido filosófico como “esencia”, “sustancia” (“posesión sólida”,

Jerónimo; “sólida confianza”, Erasmo, Zuinglio). *Ελεγχος*, aparece solo una vez en todo el Nuevo Testamento, y se puede traducir como “seguridad”, “convicción”; “prueba” —asimismo, principio o certeza que responde a la evidencia objetiva ofrecida; probablemente la mejor traducción mejor atestiguada—. Expresa F. Porsch en el *Exegetical Dictionary of the New Testament* que “*ελεγχος* junto a *υπόστασις* deben verse como lo opuesto a la postura del apostatar o flaquear. Un lugar para resistir y para la estabilidad solo se puede encontrar en el mundo invisible que es el objeto de la esperanza, el cual es la única realidad”.<sup>9</sup>

11,4. La sangre de todos los “abeles”, las víctimas en la historia. “La sangre de todos nuestros hermanos nos grita desde la tierra” (cf. Gn 4,10b).

11,5. Enoc.

11,7. Noé “llegó a ser un heredero de la justicia”.

11,8. Abraham: la tierra prometida.

11,10. “Esperaba una ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”.

11,13b. “Confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra”.

11,14. “Buscaban una patria”.

11,16. “Aspiraban a una patria mejor, la del cielo”. George W. Buchanan comenta: “El autor de los Hebreos tuvo básicamente una esperanza o aspiración: recibir la tierra prometida en toda su gloria y prosperidad plenas, libre del dominio extranjero o de la amenaza de enemigos. A esto se llamaba heredar o adquirir las promesas (6,11; 15,17;11;13,33.39) y entrar en el ‘descanso’ (3.11,18;4,1.3.5.8.11)”.<sup>10</sup>

11,33-38. Sería muy buena descripción de la lucha de todos nuestros héroes nacionales, que combatieron por la liberación del dominio colonial y neocolonial.

12,1. “Estamos rodeados de una gran nube de testigos” que nos acompañan en nuestras luchas, para que “corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante”.

12,2. “Jesús es el pionero y perfeccionador de nuestra fe”.

¿Cuáles son las implicaciones para nuestra región, para nuestras diferentes historias nacionales? ¿Cómo se refleja Jesucristo en nuestros héroes?

Así, hemos constatado cómo se enriquece el mensaje de esta perícopa si lo vinculamos a nuestros héroes y patriotas, que lucharon por la liberación de nuestros pueblos. Debido a esto, se justifica que, aplicando la “reserva de sentido” en el v. 13, hayamos traducido: “confesaron que no eran peregrinos y extranjeros sobre la tierra”, aspiraban a asentar en la tierra una patria mejor. En el v. 38, ¿por qué decir que “el mundo no era digno de ellos”? ¿es que no somos dignos de lo que han hecho por nosotros? Creo que se trata de una hipérbole para destacar más su compromiso (cf. Pr 8,11, Sab 3,5). Por tanto, ninguna

lectura de esta perícopa puede hacerse sin esta actualización: la que cada uno de nosotros pueda hacer en nuestras respectivas situaciones e historias. Porque, en definitiva, tampoco hay diferencia entre la llamada “historia sagrada” y la “secular”: es una sola historia.

## Una lectura caribeña de Hebreos 11<sup>11</sup>

La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve. Por ella obtuvieron nuestros antepasados la aprobación de Dios. La fe es la que nos hace comprender que el mundo ha sido creado por la palabra de Dios, de manera que lo visible proviene de lo invisible.

Por fe, el indio Hatuey<sup>12</sup> encabezó una rebelión de los aborígenes en La Española. Por fe, el indio Enriquillo,<sup>13</sup> durante catorce años, dirigió otra rebelión en La Española. Por fe, Miguel,<sup>14</sup> un esclavo, se convirtió en rey de unos cimarrones en Venezuela, que se hicieron inexpugnables por muchos años. Por fe, el padre Bartolomé de Las Casas (1474-1566)<sup>15</sup> rehusó sacrificar el bienestar de los indios en beneficio de la codicia de los encomenderos colonialistas del imperio español. Por fe, Toussaint Louverture (1743-1803)<sup>16</sup> se alzó contra el dominio colonial francés en Haití y condujo una revolución que fundó la primera nación negra en América. Por fe, Mariana Grajales (1815-1893)<sup>17</sup> envió a sus dos hijos, Antonio y José Maceo, a la Guerra de Independencia en Cuba, quienes se convirtieron, después, en famosos generales negros del ejército cubano contra los españoles. Por fe, George Leile,<sup>18</sup> que había sido esclavo en los Estados Unidos, fue a Jamaica a predicar el evangelio de la liberación a los esclavos. Por fe, el ministro anglicano negro H. J. Leacock,<sup>19</sup> de Barbados, fue el primer caribeño que viajó de misionero a África. Por fe, el ministro metodista negro William Shrewsbury, en 1821, predicó la abolición de la esclavitud en Barbados y, aunque un populacho de blancos quemó su iglesia, no se acobardó. Por fe, el ministro anglicano Charles Peters, en Dominica, a inicios de 1800, predicaba la justicia y la igualdad para los esclavos. Por fe, el reverendo George William Gordon,<sup>20</sup> un bautista jamaicano negro, miembro de la Asamblea de las Iglesias Libres, luchó a favor del desestablecimiento de la Iglesia Anglicana y predicó a favor de la justicia para todo el pueblo. Por fe, Augusto César Sandino (1895-1934)<sup>21</sup> desafió al ejército de intervención de los Estados Unidos en Nicaragua. Por fe, Pedro Albizu Campos (1891-1965)<sup>22</sup> luchó y soñó con la independencia de Puerto Rico y soportó once años de prisión en los Estados Unidos, pena de la que fue indultado en 1964 para que no muriera en la cárcel. Por fe, Frantz Fanon (1925-1961)<sup>23</sup> fue de Martinica a Argelia para ayudar a consolidar la independencia de esa nación africana frente al colonialismo

francés. Por fe, Walter Rodney (1942-1980)<sup>24</sup> luchó por la completa igualdad y justicia de su pueblo guyanés.

“Todos murieron sin haber conseguido la realización de las promesas; pero, a la luz de la fe, las vieron y saludaron de lejos, confesando que no eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Los que así se declaran, ponen de manifiesto que buscan una patria, que aspiran a una patria mejor [...] Por eso, Dios no se avergüenza de que le llamen su Dios, porque les preparó una ciudad [...] Todos ellos, por la fe, sometieron reinos, administraron justicia, consiguieron promesas, cerraron la boca de leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, superaron la enfermedad, fueron valientes en la guerra, hicieron huir a los ejércitos enemigos y hasta hubo mujeres que recobraron resucitados a sus difuntos. Unos perecieron bajo las torturas, rechazando la libertad con la esperanza de una resurrección mejor. Otros soportaron burlas, azotes, cadenas y prisiones. Fueron apedreados, torturados, aserrados, pasados a cuchillo, llevaron una vida errante, desprovistos de todo, perseguidos, maltratados. Aquellos hombres de los que el mundo sí era digno, andaban errantes por los desiertos, por las montañas, por las cuevas y cavernas de la tierra. Y, sin embargo, todos ellos, tan acreditados por su fe, no obtuvieron la promesa, porque Dios, con una providencia más misericordiosa para con nosotros, no quiso que llegaran sin nosotros a la perfección final. Por tanto, también nosotros, ya que estamos rodeados de tal nube de testigos, liberémonos de todo impedimento y del pecado que continuamente nos asalta, y corramos con perseverancia en la carrera que se abre ante nosotros, fijos los ojos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe” (He 11,13-16.33-40; 12,1-2). ♦

### Notas

- 1 Harold W. Attridge: *Hebrews: A Commentary on the Epistle to the Hebrews*, Fortress Press, Philadelphia, 1989, pp. 305-306.
- 2 *Ibidem*, p. 307.
- 3 Jean Héring: *L'Épître aux Hébreux*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel / Paris, 1954, p. 103.
- 4 *Ibidem*, p. 104.
- 5 *Ibidem*, p. 112.
- 6 George Wesley Buchanan: *The Anchor Bible: To the Hebrews*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1972, p. 206.
- 7 William Manson: *The Epistle to the Hebrews: An Historical and Theological Reconsideration, the Baird Lecture, 1949*, Hodder and Stoughton, Ltd., London, 1951, p. 82.
- 8 *Ibidem*, p. 75.
- 9 Horst Robert Balz y Gerhard Schneider: *Exegetical Dictionary of the New Testament*, vol. 1, William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, 1990, p. 428.



- 10 George Wesley Buchanan, *op. cit.*, p. 194.
- 11 Los datos sobre los personajes históricos mencionados en este acápite han sido tomados de Juan Bosch: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, y Eric Williams: *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean, 1492-1969*, A. Deutsch, London, 1970. Las informaciones en torno a los personajes eclesiásticos han sido tomadas de Arthur Charles Dayfoot: *The Shaping of the West Indian Church, 1492-1962*, University Press of Florida, Gainesville, Florida, 1999.
- 12 En el siglo XVI en La Española y luego fue quemado en Cuba.
- 13 En el siglo XVI también en La Española.
- 14 En 1552 y su influencia todavía se hacía sentir en el siglo XVII.
- 15 Defendió a los indios en el siglo XVI; fue el autor de nuevas leyes de la Corona Española para protegerlos y se considera un precursor de la teología de la liberación.
- 16 En la cubierta del barco que lo llevaba encadenado a Francia para juzgarle y ajusticiarlo, dijo: “Al derrocar me solo han cortado en Santo Domingo el tronco del árbol de la libertad. Germinará de nuevo porque sus raíces son muchas y profundas”.
- 17 Una madre negra, a fines del siglo XIX en Cuba. La menciono como un símbolo de las miles de heroínas caribeñas anónimas, silenciadas por la historia.
- 18 A finales del siglo XVIII, fue perseguido, pero bautizó a cientos de jamaicanos negros y fundó escuelas para niños esclavos.
- 19 En 1885, se marchó hacia Sierra Leona, en África, y murió unos meses más tarde.
- 20 Fue ejecutado después de la rebelión en Morant Bay, en 1865.
- 21 En Las Segovias, frontera entre Nicaragua y Honduras, a partir del 1928. El pueblo centroamericano lo consideró un héroe continental, denominándolo “el General de Hombres Libres” por su valor al desafiar el imperialismo de los Estados Unidos durante muchos años. Fue asesinado por el dictador Somoza en 1933.
- 22 Héroe del movimiento independentista en Puerto Rico.
- 23 Revolucionario, psiquiatra, filósofo y escritor francés. Es autor de libros importantes sobre la cuestión racial y el neocolonialismo, tal como *Los condenados de la tierra* (1961).
- 24 Erudito progresista y líder político guyanés, quien dirigió la Alianza de Trabajadores (Working People’s Alliance) de Guyana y fue asesinado por fuerzas reaccionarias en 1980.

# La iglesia como comunidad de salud y cuidado

**Daniel S. Schipani**



[...] Siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo,  
y todos miembros unos de los otros.

ROMANOS 12,5

De manera que si un miembro padece, todos  
los miembros se duelen con él, y si un miembro  
recibe honra, todos los miembros con él se gozan.

1 CORINTIOS 12,26-27

## Foco

La visión cristiana que nos inspira afirma que Jesucristo es el centro de nuestra fe, la comunidad es el centro de nuestra vida y la reconciliación es el centro de nuestro ministerio. Por lo tanto, este curso de acompañamiento pastoral comienza con la iglesia, entendida como ecología o sistema de cuidado, salud y plenitud humana a la luz de Jesucristo y el reino de Dios; y la reconciliación con Dios, con otras personas y consigo mismo resulta ser la meta principal del acompañamiento pastoral.

---

Fuente: Daniel S. Schipani: *Manual de Psicología Pastoral. Fundamentos y principios de acompañamiento*, Seminario Evangélico de Teología, Matanzas, 2016, pp. 3-17. Para esta edición, se han suprimido los ejercicios y las lecturas complementarias recomendadas por el autor.

Las epístolas de Pablo proveen material necesario para articular lo que podemos llamar el fundamento eclesiológico del ministerio de acompañamiento pastoral. Además de la imagen literal de pueblo de Dios proveniente del Antiguo Testamento, el apóstol introduce los símbolos cuerpo de Cristo y templo —o morada— del Espíritu al referirse a la iglesia.

Pablo sugiere así que hay una correlación entre la experiencia cristiana —“trinitaria”— de Dios —solo Dios, un solo Señor, un Espíritu (2 Corintios 13,13; Efesios 4,1-6)— y la naturaleza y vocación de la iglesia. La iglesia está llamada a ser sacramento del amor divino en el mundo y por el mundo; es decir, ser: a) señal verdadera, b) símbolo fiel, c) instrumento fructífero.<sup>1</sup>

La iglesia es, entonces, el contexto principal para el acompañamiento pastoral, porque ella tiene un carácter esencialmente trinitario a la luz de la revelación del Dios Trino y una triple razón de ser en términos de adoración, comunidad y misión, como destacaremos más adelante.

El tema de la iglesia como comunidad de salud<sup>2</sup> es el mejor tópico para comenzar nuestra reflexión en torno al acompañamiento y la psicología pastoral, a partir de nuestros contextos latinoamericanos, caribeños e hispanos en particular. La razón es fundamental y puede expresarse sencillamente: la iglesia está llamada a ser una comunidad intermedia clave, ubicada entre la familia y la sociedad con sus instituciones diversas. En otras palabras, la iglesia ha de llegar a ser el ambiente central y básico desde el cual se proyecta nuestra vida y nuestro compromiso social como personas que comparten la fe cristiana.

En forma análoga a la de quien preguntó, retóricamente, “¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6,68), se debería poder decir de la iglesia: “¿a dónde iremos en busca de la mejor visión de salud y plenitud humana, de genuina humanización, de salvación y *shalom*”—en el sentido bíblico de libertad, justicia, paz y bienestar multidimensional—? Es que la iglesia tiene la divina encomienda de convertirse en fiel modelo del amor de Dios en el mundo y a favor del mundo. En esto consiste el significado y la pertinencia de la afirmación de que la iglesia, como comunidad intermedia clave, está llamada a ser la comunidad sanadora por excelencia.

Como iglesia de Jesucristo, nos encontramos en las primeras décadas del tercer milenio de nuestra era y en medio de culturas y economías que están lejos de promover la salud y la plenitud humana; al contrario, tienden a ser patogénicas, “enfermantes”. Diversas situaciones y formas de violencia, aislamiento y soledad, carencias, injusticias y opresión, por nombrar solo algunas de esas circunstancias, condicionan el presente y el porvenir de nuestros pueblos a todo nivel, especialmente en la vida familiar y del trabajo. Es, por lo tanto, a la luz de tal situación histórica como debemos abordar nuestro tema, desde la perspectiva de la teología pastoral.<sup>3</sup>

Corresponde establecer, en consecuencia, que entendemos la teología pastoral como la *reflexión crítica y constructiva en torno a la vida y el ministerio de la iglesia en medio de la historia y a la luz del evangelio del reino de Dios*.

La premisa y supuesto clave que informa nuestra reflexión teológico-pastoral, tal como se presenta en este capítulo, puede postularse así: la iglesia ha de ser el contexto de salud y de sanidad por excelencia, y esto en dos sentidos específicos; por un lado, la iglesia será contexto esencial en tanto experiencia concreta en el marco de la vida y el ministerio de comunidades de fe reales, identificables como tales; segundo, la iglesia es, también, contexto esencial como ámbito de reflexión; o sea, que reflexionamos en principio desde y para la iglesia, aunque no de manera exclusiva y excluyente. La tesis con la que trabajamos implica, además, una convicción teológica: *la iglesia es comunidad de salud y comunidad sanadora en la medida que revela fielmente la vida misma del Dios trino en el mundo*.

Es a partir de tales convicciones que nos proponemos alcanzar los objetivos siguientes:

1. Profundizar la comprensión de la iglesia como ecología de cuidado y plenitud humana.
2. Apreciar el valor especial de la iglesia como comunidad de salud.
3. Identificar recursos y programas contextualizados para el ministerio de cuidado y acompañamiento pastoral.

## Exploración

La iglesia está llamada a ser la comunidad alternativa de Dios en el contexto de la situación histórica; es decir, “la ciudad asentada sobre un monte” (Mateo 5,14). Con atrevimiento y, de hecho, a tono con la declaración de la Carta a los Efesios sobre la “plenitud” de Dios y de Cristo (Efesios 3,19; 4,13), podríamos decir que, en la expectativa divina, la iglesia ha de ser el sueño y el proyecto de Dios en proceso de realización. En su vida y obra la iglesia continúa desarrollando el ministerio liberador, recreador, sanador y reconciliador de Jesús (Juan 20,21). La proclama que Jesús hizo del reino que viene (Marcos 1,15) es, también, la agenda de la iglesia como señal especial del amor divino y de la nueva realidad de libertad, justicia, paz y esperanza a la que Dios nos invita.

Creemos que existe una correlación fundamental entre nuestra concepción de Dios y nuestra forma de entender la iglesia. Y siendo que la fe cristiana percibe a Dios como Trinidad —la eterna comunión del Padre, el Hijo y el Espíritu—, se infiere que la iglesia deriva su naturaleza del Dios trino. Por un lado, confesamos el carácter trinitario de Dios con una variedad de afirmaciones, imágenes y

metáforas referidas a la divinidad: Dios es Creador, Rey, Señor, Padre...; Dios es Redentor, Libertador, Siervo, Hijo...; Dios es Santificador, Paraclete, Espíritu Santo... Por otro lado, las imágenes y metáforas bíblicas referidas a la iglesia son, igualmente, numerosas y variadas. Entre las muchas expresiones se destacan tres como cuadros vívidos del diseño y el anhelo de Dios para la iglesia: el concepto de pueblo del pacto —referencia sólidamente enraizada en la fe de Israel—, la metáfora del cuerpo de Cristo y la idea de la hermandad y la morada del Espíritu. Son los tres símbolos que seleccionamos para referirnos al carácter trinitario de la iglesia como expresión viva y testimonio fiel del reino de Dios. Creemos, además, que el deseo divino es el desarrollo y la maduración integral de la iglesia en consonancia con su carácter trinitario.

Debemos evitar planteamientos meramente abstractos e idealistas. Proseguiremos, por lo tanto, indicando algunas maneras específicas de cómo la comunidad de fe se comporta en su calidad de ambiente o ecología donde se realizan diversas prácticas, que contribuyen, directa o indirectamente, al cuidado, sostén y apoyo, orientación, reconciliación y sanidad de personas, familias y grupos, quienes, de alguna forma, se relacionan con la vida y el ministerio de aquella. Cuando consideramos las comunidades donde participamos con tal ángulo de mira, vale reconocer y apreciar determinados rasgos o “marcas”, a la manera de indicadores,<sup>4</sup> que hemos agrupado bajo los tres nombres de pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y hermandad o morada del Espíritu, las cuales deben considerarse interrelacionadas.

*Pueblo del pacto, pueblo de Dios.* En tanto pueblo del pacto (1 Pedro 2,9-10), la iglesia procura vivir según el llamamiento a la comunión reverente y leal, conforme a la voluntad divina expresada en los imperativos, promesas y metas propios de la política de Dios. Como pueblo del pacto, hemos de crecer en madurez y fidelidad. Esta cualidad y criterio del crecimiento expresa la necesidad de que vivamos a tono con el proyecto y la actividad de Dios en la historia. El reto clave aquí es discernir en qué medida la obra y el crecimiento eclesial corresponden, auténticamente, a la vocación del pueblo del pacto y hasta qué punto convergen con los propósitos y los actos de Dios revelados en la Escritura y discernidos históricamente por la comunidad de fe. Por su condición de pueblo del pacto y pueblo de Dios, la iglesia vive y ministra como comunidad sanadora porque —o, mejor dicho, a medida en que— refleja rasgos y cualidades como las siguientes:

- Un sentido de pertenencia y de referencia como pueblo con una trayectoria y un destino afirmados como tales, especialmente en la adoración y la educación.

- Autenticidad en las expresiones de alabanza y acción de gracias —en palabra, cántico, drama, etc.— junto con el cultivo de la gratitud, el reconocimiento de la gracia divina y la celebración alegre.
- Práctica de la oración y de la confesión en particular; experiencias de perdón y de absolución, reconciliación.
- Experiencia de aceptación divina incondicional y, también, de parte de la hermandad —“la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no ha sido en vano” (1 Corintios 15,10).
- Práctica y experiencia de la guía y la corrección del Espíritu de Dios por medio de la proclamación, la enseñanza y otras formas.
- Rituales especiales de sanidad —con oración, ungimiento con aceite, exorcismos, intercesiones, etc.
- Práctica de dar y recibir testimonios del caminar cotidiano por los senderos de la fe cristiana y el reino de Dios.
- ¿Otras marcas...?

Es evidente que en este modesto primer cuadro de la iglesia como comunidad sanadora se destaca la realidad central de la adoración, de cara a la identidad de aquella como pueblo de Dios; es decir, pueblo del pacto llamado a crecer en fidelidad y lealtad. Resulta evidente, también, que este cuadro necesita integrarse con los que esbozaremos a continuación.

*Cuerpo de Cristo.* En tanto cuerpo de Cristo (1 Corintios 12,27), la iglesia es un organismo viviente constituido por miembros diversos con funciones y talentos complementarios entre sí. Somos, en verdad, un cuerpo llamado a crecer en santidad y comunión, a desarrollar y madurar en auténtica espiritualidad. Esta cualidad y criterio de crecimiento expresa la necesidad de vivir en presencia de la dinámica del Espíritu de Dios. El reto clave aquí es discernir en qué medida la obra y el crecimiento de la iglesia responden a la inspiración y guía del Espíritu y en qué medida representan el “fruto del Espíritu”. Por ejemplo, ¿se refleja una fe vital expresada por medio del amor, el gozo, la paz, la esperanza... (Gálatas 5,22-25)? En su calidad de cuerpo de Cristo, la iglesia vive y ministra como comunidad sanadora en la medida que demuestra características como las siguientes:

- Experiencia multiforme de la *koinonía*, en el sentido de amor fraternal, comunión, compañerismo, solidaridad y mutualidad.
- Prácticas de ayuda mutua, cadenas de oración intercesoras, grupos de sostén y apoyo, etc.

- Práctica de resolución de conflictos, junto con el aprendizaje y cultivo de las destrezas de comunicación y de mediación.
- Práctica de la disciplina de la reconciliación —incluyendo guía, consejo, amonestación, confrontación, confesión, perdón, reconciliación y restauración.
- Práctica frecuente de la comunidad eclesial mediante encuentros de oración y estudio bíblico, reflexión y discernimiento para la toma de decisiones específicas —por ejemplo, relativas a situaciones de familia, finanzas, cuestiones relativas a la política y la moralidad y fe, etc.—, orientación y asistencia, entre otros propósitos.
- ¿Otras marcas...?

En este segundo cuadro de la iglesia como comunidad sanadora —también modesto y meramente ilustrativo— la realidad central que se destaca corresponde a la vida comunitaria como tal. La iglesia está llamada y potenciada para convertirse en familia de Dios de cara a su identidad como cuerpo de Cristo, que necesita crecer en espiritualidad y comunión. Tal crecimiento —y, por lo tanto, crecimiento en cuanto comunidad de salud también—, obviamente, requiere su desarrollo armonioso como pueblo del pacto y morada del Espíritu, como señalaremos a continuación.

*Hermandad y morada del Espíritu.* En tanto hermandad y morada o templo del Espíritu (Efesios 2,22) en medio de la sociedad, la iglesia es una compañía de discípula(o)s llamados a expresar de maneras pertinentes y con discernimiento el amor de Dios en el mundo y por el mundo, mediante hechos, relaciones, presencia y palabra. Metafóricamente hablando, el Espíritu Santo actúa como el sistema nervioso, que hace posible el señorío de Jesucristo sobre su cuerpo, la iglesia. Y esta, a su vez, actualiza y contextualiza la operación de las manos, los pies y la boca de Jesucristo en la historia. Somos, ciertamente, esa comunidad llamada a crecer en apostolicidad y unidad, a desarrollarse y madurar en encarnación. Esta cualidad y criterio de crecimiento expresa la necesidad de establecer, de continuo, la raigambre histórica de la tarea y el testimonio de la iglesia, y la validez de sus expresiones particulares de la fe y del evangelio. Por lo tanto, el reto clave en este caso es determinar en qué medida la obra y el crecimiento de la iglesia representa encarnadamente la presencia solidaria de Jesucristo frente al dolor y la perdición de los seres humanos y la creación toda. En su condición de morada del Espíritu, la iglesia vive y ministra como comunidad de salud o comunidad sanadora, no solamente en relación a sus miembros sino, asimismo, mediante su presencia y acción en medio de la sociedad y la cultura. La fidelidad

y pertinencia de su vocación en este sentido se verifica en la medida en que refleja, consistentemente, rasgos como los siguientes:

- Discernimiento y vivencia de los propósitos y la actividad de Dios en el mundo —creación, cuidado y sostén; liberación, redención, reconciliación y sanidad; renovación y potenciación, conducción a toda verdad.
- Experiencia y práctica de la compasión solidaria y de la ética y la política de la compasión como forma privilegiada del amor de Dios.
- Participación, concreta y práctica, en los propósitos y actividades del Espíritu de Dios, entendida como la misión divina en presencia, palabra y acción que comunican el evangelio —buenas noticias (y buena realidad)— del reino y la salvación (salud integral) que Dios ofrece y hace posible.
- Involucramiento a favor de la libertad, la justicia, la paz —incluyendo la palabra profética, el servicio, la acción social, abogar por quienes no tienen voz, etc.— según el horizonte que abre la esperanza.
- ¿Otras marcas...?

En este tercer y último cuadro parcial de la iglesia como comunidad sanadora, se destaca, por cierto, la dimensión de vocación y misión. Es decir, que la comunidad de fe, en su calidad de hermandad y morada del Espíritu, está llamada a crecer en encarnación como representante de Jesucristo, cuya función integralmente terapéutica, diríamos, concretiza el amor al prójimo en contextos y situaciones particulares. Cabe reiterar que tal crecimiento implica el desarrollo armonioso de las otras dos dimensiones.

Por último, podríamos decir que estas referencias a la naturaleza trinitaria de la iglesia también pueden expresarse con las conocidas palabras de Miqueas 6,8 sobre lo que Yahvé ha declarado como bueno y lo que reclama de los fieles: “solamente hacer justicia [encarnación], y amar misericordia [espiritualidad], y humillarte ante de tu Dios [fidelidad]”.

## **Conexión**

Una forma práctica y eclesiológicamente adecuada de identificar la manera en que la comunidad de fe puede servir como el contexto mejor para el acompañamiento pastoral dentro y fuera de la iglesia, es reflexionar sobre lo que hemos llamado su “triple razón de ser”.



## La triple razón de ser de la iglesia

La referencia al carácter trinitario de la iglesia podría parecer un tanto arbitraria —después de todo, ¿por qué no utilizar otras imágenes bíblicas y desarrollar modelos alternativos sobre la iglesia?—. Sin embargo, encontramos que, en su praxis cotidiana, la comunidad de fe no puede sino representar, concretamente, aquellos símbolos bíblicos y ejercer su ministerio en el nombre de Jesucristo en el marco de ciertas aéreas o dimensiones esenciales en que la vida de la iglesia se desarrolla. Tales dimensiones esenciales —necesarias e indispensables porque definen su “eclesialidad”, o sea, el ser iglesia y no otra cosa— son la adoración, la comunidad y la misión. Se trata de facetas o componentes íntimamente relacionados entre sí y constituyen juntos lo que podemos llamar la triple razón de ser de la iglesia. A riesgo de simplificar demasiado, diríamos que, en la adoración, el foco de atención está en nuestra relación con Dios; en la experiencia de comunidad, el foco reside en las relaciones mutuas como hermanas y hermanos en la fe; y, en la misión, lo que se enfoca es el mundo en nuestro derredor y nuestra vida y nuestras prácticas en y a favor del mundo. Podemos añadir que esta manera de conceptualizar la triple razón de ser de la iglesia se correlaciona con nuestra comprensión del “gran mandamiento” y su triple referencia al amor a Dios y al prójimo como a nosotros mismos (Marcos 12,28-34).

En otras palabras, adoración, comunidad y misión son las áreas en que ocurren la vida y el ministerio de la iglesia como manifestaciones concretas del amor en sus tres dimensiones. Obviamente, esas tres áreas o facetas de la iglesia no pueden separarse nítidamente. Así como afirmábamos más arriba que la iglesia es pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y hermandad y morada del Espíritu, correlativamente, afirmamos también que la iglesia vive para adorar, para ser —y hacer— comunidad y para hacer —y ser— misión. De hecho, su vida y su crecimiento saludable —y, en consecuencia, multidimensional— se debe manifestar necesariamente en todas y cada una de las tres facetas que conforman su triple razón de ser. La iglesia necesita crecer, aprender, renovarse y transformarse en las tres dimensiones interrelacionadas.

*Adoración.* La iglesia existe para adorar, es decir, para reconocer y celebrar el reinado de Dios. En su vida de adoración —que es mucho más que el culto dominical, por cierto— la iglesia entra deliberadamente en la presencia de Dios y se abre a la fuente de su existencia. La adoración ocurre por medio de prácticas tales como la oración, la meditación, la lectura y el estudio de la Escritura, la proclamación, la música y el canto, la confesión y el ejercicio de otras disciplinas espirituales. Ahora bien, el foco de la relación con Dios y el amor a Dios, en

realidad, también implica que nos vamos formando y transformando como discípulas y discípulos en medio de la adoración. Nos vamos constituyendo en la comunidad fiel del pacto al reapropiar la historia de la acción creativa y salvífica de Dios, al experimentar el poder y la gracia divinos en el presente y al renovar y consolidar su esperanza en el reino que viene. En fin, la adoración, en sus diversas formas y contextos, afirma y celebra el hecho de que somos pueblo del pacto, pueblo comprometido a participar fielmente en la ética y la política del reino. Así concebida, la adoración, además, sostiene e inspira la vida en comunidad y la misión de la iglesia y, al mismo tiempo, se nutre de ellas.

*Comunidad.* La iglesia existe para ser comunidad, es decir, para corporizar histórica y socialmente el reinado de Dios en su propio seno. En este sentido, ser comunidad equivale a ser familia de Dios y cuerpo de Cristo. Es así como cultivamos relaciones entre personas y grupos, participamos en la ayuda y apoyo mutuos, y en la admonición fraternal, la confesión, el perdón y la restauración y reconciliación, el discernimiento de dones y todo lo que concierne al cuidado y al discipulado mutuo. Los contextos de relaciones pueden ser más o menos espontáneos o formales, incluyendo, desde luego, a familias, individuos, parejas y otros grupos, cualquiera sea su situación, de la forma más inclusiva. La oportunidad y el reto son nada menos que el desarrollo del carácter de Cristo en versiones únicas —individuales y colectivas, personales y congregacionales— de auténtica espiritualidad. La vida de la comunidad de fe, así entendida y realizada, estimula y sostiene la adoración y la misión de la iglesia y, al mismo tiempo, se nutre de ellas.

*Misión.* La iglesia existe para ser y hacer misión, es decir, para participar en las manifestaciones del reinado de Dios en medio de la historia, gracias a su presencia, palabra y acción. En su vida de misión, la iglesia se involucra en la actividad liberadora y recreadora de Dios en el mundo. Lo hace con el testimonio de su propia realidad social y cultural, su comunicación y proclamación verbal, y su actividad concreta. Se compromete en solidaridad con el mundo que su Señor ama, y participa en la sociedad como representante de Jesucristo en la palabra evangelística, la denuncia y el anuncio profético, y el servicio a favor de la libertad, la paz, la justicia y la esperanza. La iglesia se esfuerza en discernir los espíritus y los tiempos, y el movimiento del Espíritu en la historia. Como hermandad y morada —o templo— del Espíritu, la iglesia necesita responder al imperativo de la encarnación. La integridad de la vida de misión —y el carácter integral mismo de su misión— orienta y motiva a la iglesia hacia la adoración y la comunidad. A su vez, la adoración y la comunidad, fielmente vividas, son indispensables para la misión.

En síntesis, podemos reiterar que la triple razón de ser de la iglesia consiste en: a) reconocer y celebrar el reinado de Dios —clave de la adoración—; b) corporizar histórica y socialmente tal reinado como familia de Dios —clave de la comunidad—; y c) representar, anunciar y participar en la realidad del reino en medio de la historia —clave de la misión—. En toda congregación siempre hay momentos cuando algunas de las áreas reciben atención especial o prioritaria. Por ejemplo, en el caso de los esfuerzos evangelizadores de denuncia y anuncio profético, o los intentos deliberados de revitalizar la adoración en la iglesia y en el hogar, o los procesos de mediación y resolución de conflictos en el seno de la comunidad de fe.

De todas formas, lo ideal es que la iglesia mantenga un saludable “equilibrio ecológico” entre los tres componentes esenciales de su vida y ministerio. Cuando eso ocurre, ella crece y madura simultáneamente para la gloria de Dios, para su propia edificación y madurez, y para su testimonio y servicio solidario en el mundo.

La figura que aparece a continuación representa un “modelo ecológico” de iglesia, según lo que hemos llamado su triple razón de ser. Nótese que destacamos la interacción y la influencia recíproca entre las tres áreas —por eso, las flechas van en todas direcciones—, y una distinción sin separación completa entre las mismas —por eso, utilizamos líneas entrecortadas—. En el centro de la figura, hemos ubicado los diversos ministerios más o menos especializados, tales como la enseñanza, el cuidado y el consejo pastoral, la predicación, la administración y otros. De tal manera, indicamos que los ministerios no son fines en sí mismos, sino que están, precisamente, al servicio de la triple razón de ser de la iglesia —por eso, utilizamos letras minúsculas en este caso—. Además, podemos advertir una relación de reciprocidad entre la adoración, la comunidad y la misión de la iglesia por un lado, y los ministerios propiamente dichos por el otro.

Los ministerios no pueden tener metas separadas del propósito esencial de la iglesia, que es ser una muestra y un anticipo del reino de Dios, y una invitación continua a vivir según la ética y la política del reino.

Los ministerios especiales existen con el fin último de habilitarnos para la adoración, equiparnos para la vida comunitaria y capacitarnos para la misión. Recíprocamente, cada una de las tres dimensiones o áreas principales de la vida de la iglesia ha de contribuir a fundamentar y estimular los ministerios y, por lo tanto, la labor y el proceso de cuidar y discipular. En otras palabras, los ministerios —y de forma muy especial el del cuidado y acompañamiento— consisten en las tareas multifacéticas de promover y facilitar el emerger humano según la norma de Jesucristo. Tal proceso de “emerger humano” o de humanización incluye crecimiento y maduración, formación y transformación. ♦



La iglesia y su triple razón de ser

## Notas

- 1 Nos conviene recuperar el uso del término “sacramento” en la reflexión teológico-pastoral. Utilizamos aquí la noción de iglesia como sacramento en un triple sentido. Primero, la iglesia está llamada a ser *señal* visible y clara que indica o apunta en la dirección de la salud y la salvación, y de las manifestaciones del reinado de Dios en el mundo y en la historia. Segundo, también ha de ser *símbolo* e *imagen (imago Dei)* que representa, veraz y fielmente, dicho reinado; es decir, la vida misma a partir de Dios y aun la vida misma de Dios. Y, en tercer lugar, la iglesia debe llegar a ser *agente y medio de gracia*; o sea, instrumento mediador eficaz de la gracia divina en medio de la historia.
- 2 Preferimos hablar de la iglesia como *comunidad de salud* y no solamente como “comunidad sanadora” debido a dos razones: a) la relación directa que puede establecerse bíblico-teológicamente entre *salud* y *salvación* como liberación y humanización completa, b) la necesidad de no restringir las connotaciones correspondientes al plano de lo meramente terapéutico, en la acepción limitada del término, sino, más bien, incluir, además, las dimensiones de formación, crecimiento, maduración y plenitud de vida, entendidas desde la perspectiva teológica. En este capítulo, por lo tanto, las referencias a la iglesia como comunidad de salud deben entenderse en el sentido más amplio aquí especificado.
- 3 El tema de la iglesia como comunidad de salud y sanadora se puede abordar, por cierto, desde diversos puntos de vista potencialmente complementarios. Así, por ejemplo, las perspectivas de las ciencias sociales y de la conducta humana, tales como la antropología, la sociología y la psicología, nos ofrecen contribuciones valiosas y aun indispensables hoy día. En particular, para el caso del acompañamiento pastoral, el cuidado y consejo como ministerios de la iglesia, obviamente, debemos afirmar las aportaciones múltiples de la psicología y sus subdisciplinas, y, en especial, el rol de la psicoterapia como ciencia humana práctica.
- 4 Aclaramos que se trata solo de la presentación de algunos ejemplos ilustrativos para ayudarnos a comprender y apreciar mejor el llamamiento de la iglesia como comunidad sanadora, a partir de su historia y experiencias concretas.

# Visiones, sueños, utopías y desafíos

**Clara Luz Ajo Lázaro**



**Textos bíblicos: Isaías 65,17-25; Marcos 16,15.20**

**L**os seres humanos tenemos la capacidad de soñar, de imaginar y visionar aquellas cosas importantes que queremos alcanzar en nuestras vidas. Proverbios 29,18 afirma que “cuando no hay visiones el pueblo se relaja”, o, también podría decirse, “cuando no hay visiones se pierde la esperanza”.

Las visiones, los sueños y las utopías siempre desafiaron e impulsaron al pueblo de Dios a continuar hacia delante; siempre empujaron al pueblo de Dios a seguir fiel a su tarea y compromiso, a pesar de los obstáculos y las dificultades. Por tanto, las visiones, los sueños y las utopías son poderosas motivaciones o fuerzas impulsoras que nos desafían a realizar cualquier acción concreta.

Y, en las Escrituras, tenemos muchos testimonios de visiones, sueños y utopías. Uno de estos es la visión del cielo nuevo y la tierra nueva que encontramos en Isaías 65,17-25.

En medio de la desesperanza, el desorden y la destrucción de los primeros años del postexilio, el profeta-poeta que ha sido llamado el Tercer Isaías, tiene la visión de proclamar cielos

nuevos y tierra nueva. Y, aún, habla de gozo y alegría. Habla, también, de edificar y habitar casas, de sembrar viñas y comer de su fruto. Y, como si fuera poco, en una bella y profunda metáfora poética, nos dice que el lobo y el cordero estarán juntos y que el león comerá hierba como el buey, ofreciéndonos una linda imagen del sueño de la tan ansiada hermandad de todos los seres humanos y de todo lo creado.

¿Cómo podemos proyectar, hoy y aquí, como Seminario Evangélico de Teología, nuestras visiones, nuestros sueños, nuestras utopías? ¿Cuáles son los desafíos a los que nos enfrentamos al comenzar un nuevo curso, precisamente en el año en el que celebramos el setenta aniversario de nuestro Seminario, setenta años de servicio, setenta años de labor educativa en la formación de las pastoras y los pastores de nuestra iglesia cubana? Fue el sueño que un día inspiró a las iglesias que fundaron esta querida institución. ¿Cómo establecer hoy la sintonía con las visiones, los sueños y las utopías de la historia bíblica?

Ante una realidad que globaliza la exclusión, la anticultura y la muerte, es necesario rescatar las visiones, los sueños y las utopías, que vienen del sueño de Dios por un mundo de paz y de afirmación de la vida a través de la justicia. Y en este punto, necesariamente, tenemos que mirar hacia Jesucristo y hablar de nuestra misión como comunidad cristiana, nuestra misión como seguidores y seguidoras de Jesús. Si vamos a los evangelios sinópticos, allí, a lo largo de su vida, encontramos lo que significa e implica la misión de la comunidad cristiana. Escuchamos la lectura del Evangelio de Marcos: “Id por todo el mundo y proclamad las buenas nuevas a toda criatura”, a toda la creación.

Es decir, en el contexto de la misión transformadora de Dios, este es nuestro primer sueño; y este sueño siempre va acompañado por visiones de justicia, visiones de paz, amor, hermandad y equidad entre los seres humanos, y de todas las personas con la creación. “Id y proclamad las buenas nuevas” y, podemos añadir, “las buenas nuevas del Reino”. Este sueño y estas visiones nos desafían y nos llaman, muchas veces de manera radical, a educar, enseñar y formar, de una forma relevante y contextual, a la comunidad cristiana para la misión y el testimonio en nuestro presente.

Y aquí aparecen, entonces, los desafíos. El primero de ellos, desarrollar nuestra labor teológica en Cuba, sin olvidar que somos parte de América Latina y Caribe, conscientes de que nuestro contexto cubano, latinoamericano y caribeño está lleno de problemas, de desigualdades, de pobreza y de necesidad. Y, en medio de todas esas dificultades, nuestro quehacer teológico tiene que ser relevante, dinámico y creativo.

No se puede reflexionar teológicamente cuando falta el compromiso concreto con la realidad social, porque el quehacer teológico debe nacer desde la misma angustia de vivir por la afirmación del reino de Dios y su justicia (Mt 6,33).

Ese gran sueño de proclamar las buenas nuevas del Reino al calor de nuestros contextos y sociedades de hoy, requiere una postura profética, que no es otra que afirmar la resistencia ante las injusticias desde una auténtica vivencia de la fe. Porque toda la vida que nos rodea, que incluye a los seres humanos y nuestro entorno natural, es expresión concreta del proyecto de Dios.

Hace algunas semanas, estuvimos representando al Seminario en el Encuentro de Directores de Seminarios Episcopales Diocesanos y Provinciales de América Latina y Caribe. Allí se resaltó que debemos estar dispuestos y abiertos a reactualizar nuestras concepciones pedagógicas, bíblico-teológicas, eclesiológicas, misiológicas, litúrgicas y de formación teológica. De esta manera capacitaremos a nuestros estudiantes para que sean conciencias proféticas que muevan y desafíen a las iglesias a revisar y reactualizar su discurso bíblico y teológico; su visión eclesiológica, las estructuras y concepciones que limitan su acción misionera; la creación litúrgica, los modelos conceptuales y prácticos de ministerio; así como la propia educación teológica, y todo aquello que limite el compromiso evangélico con la vida, la justicia y la paz.

Esto constituye parte, también, de un gran sueño, para la realización del cual nuestro Seminario ha estado trabajando los últimos meses. Hemos revisado nuestros currículos, nuestros programas, nuestras metodologías, los contenidos de los cursos; porque no basta con que formemos pastores y pastoras si no somos capaces de contribuir, a partir de la propia realidad de los educandos, a la búsqueda de una vocación misionera integral de todo el pueblo de Dios para la transformación de nuestro ámbito en un mundo mejor y más justo para todas las personas. Los profesores y las profesoras tenemos que sentirnos también desafiados en este proceso. El gran teólogo y pedagogo Paulo Freire nos señala la importancia del diálogo que debe establecerse entre profesores y alumnos. Como afirma Freire, enseñar no es transferir conocimientos, sino crear las posibilidades para construir y producir conocimiento. Él nos dice: “Quien enseña, aprende el enseñar, y quien aprende, enseña al aprender”.<sup>2</sup>

Es un proceso que nos envuelve a todas y todos. Es el gran desafío que constituye para nuestras prácticas educativas el compromiso solidario con la transformación del mundo para la justicia y la paz, particularmente en este momento de violencia generalizada, donde la paz no es solo amenazada, sino donde, sobre todo, es continuamente negada por las fuerzas que producen muerte.

Entonces, el problema no es enseñar y aprender teología, sino hacer una teología donde el método y el contenido sean un camino relevante para la práctica misionera comprometida de todo el pueblo de Dios. Es diseñar una estrategia pedagógica en la que el “saber” y el “hacer” se conciban como dos

dimensiones inseparables, capaces de influenciarse mutuamente. Pero, además, una estrategia pedagógica donde la experiencia práctica del estudiante sea el punto de partida del proceso de formación teológica. Es un sueño, una visión que nos ayudará, por un lado, a evitar crear condiciones para el escapismo y, por otro, a prevenirnos de un academicismo irrelevante y privado de compromiso genuino.

Sueños, visiones, desafíos..., pero es importante que mi sueño sea también tu sueño, nuestro sueño, porque, cuando se sueña individualmente, solamente tenemos un sueño; pero, cuando se sueña en comunidad, comenzamos a crear la realidad desde ahora.

Probablemente, no habría existido la experiencia liberadora del Éxodo sin la labor conjunta de las parteras, que desobedecieron la orden de faraón de matar a todos los varones hebreos; de la madre, que con inteligencia y astucia preservó la vida de Moisés; pero, en especial, no habría existido sin la voluntad colectiva del pueblo de salir de su esclavitud.

De igual forma, no podremos traer a la realidad la ansiada transformación de nuestro mundo, o del comienzo de nuevos cielos y una tierra nueva, al decir del profeta Isaías, si todas y todos no hacemos algo práctico y concreto, lo que implica reconocernos unidos y unidas, trabajar como hermanos y hermanas, en un mismo propósito: hacer realidad nuestros sueños, rescatar nuestras visiones y enfrentar los desafíos que tenemos por delante.

Sabemos que es un proceso difícil. Pero si hemos tomado en serio nuestra fe en Dios, debemos comprometernos a llevar a cabo esa visión, ese sueño, implantado en nuestros corazones y en nuestras mentes, que nos desafía a cuidar de toda la vida, sabiendo que cada paso que demos facilitará el camino de los que vienen detrás.

Al comenzar un nuevo curso, los invito a soñar, a recrear nuestras visiones, guiados por el Espíritu, para hacer de nuestro seminario una fragua profética que contribuya a hacer de la cubana una iglesia que marche junto a nuestro pueblo, amando, reconstruyendo, uniendo y proclamando esperanza.

Los versos finales del pasaje de Isaías que leímos, nos dicen: “Antes que me llamen, yo responderé; aún estarán hablando, y yo les escucharé” (v. 24). Así que, con la certeza de que Dios está aquí, acompañándonos, invitándonos a crear los nuevos cielos y la nueva tierra en nuestra bella isla cubana, forjemos nuevos sueños, nuevas visiones, nuevas utopías durante este curso que recién comienza. ♦

#### Nota

- 1 Pablo Freire: *Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa*, Siglo XXI, S.A., México, DF, 1997, p. 25.



# La otra cara de las iglesias evangélicas en Colombia

**Pablo Moreno**



La definición por el Sí o el No manifestada en el pasado plebiscito por parte de las iglesias sobre el acuerdo entre el Gobierno y las FARC es un asunto confuso y marcado por una gran diversidad de posiciones, por lo que habría de tenerse más cuidado al asegurar que las iglesias evangélicas de Colombia fueron las impulsoras del No.

Han sido los medios y algunos pastores los que han concebido un imaginario llamado “la iglesia cristiana” en Colombia, sobre la base del cual procuran incluir a todas las no católicas del país como promotoras del No en el plebiscito. Tal imaginario se fortalece con estadísticas no probadas ni sustentadas. Afirman, por ejemplo, que “la iglesia evangélica”, con diez millones de miembros, inclinó la balanza hacia el No y ahora es una fuerza que el gobierno no quiere desconocer y que la oposición, liderada por el uribismo, quiere reivindicar como propia.

Sin embargo, hay otra cara de las iglesias que los medios de comunicación han mencionado poco. Es la que manifiesta la diversidad que existe al interior del protestantismo, dividido, desde su origen, en varias corrientes, que hoy están tan vivas

como al principio. Esta diversidad también se manifestó en el plebiscito, en el que unos manifestaron su aceptación y otros, coincidiendo con la mayoría, optaron por el rechazo.

Algunas de las grandes iglesias se han reunido en torno al tema, impulsadas por la Misión Carismática Internacional y la Coalición Apostólica, integrada por líderes de Bogotá y otras ciudades. Su impacto numérico ha sido indudable. No obstante, existen muchas otras iglesias, incluyendo algunas megaiglesias, que no se sienten representadas en este pacto ni comparten sus puntos de vista.

Un segundo grupo, estaría compuesto por aquellas megaiglesias que dieron su respaldo al Acuerdo, lo que ha quedado evidenciado, implícitamente, en sus declaraciones públicas. Aquí, por ejemplo, cabe mencionar la Iglesia Avivamiento, de Bogotá, y el Centro Cristiano Internacional de Cúcuta: sus pastores expresaron discernimiento sobre este momento histórico del país, animaron a los fieles a votar a conciencia, discutieron el acuerdo y, presumiblemente, ejercieron su voto a favor.

Un tercer grupo, lo conformarían las iglesias asociadas al Consejo Evangélico de Colombia (CEDECOL), las cuales sustentaron una postura indefinida. CEDECOL manifestó que no apoyaría una posición unificada frente al voto, porque respetaba las diferencias existentes en su membresía. Esta posición no ha sido fácil de sostener, porque aquellos miembros partidarios del No decidieron unirse a la Coalición Apostólica —movimiento más amplio de iglesias no afiliadas a CEDECOL— para aprovechar el posicionamiento que se logró después del plebiscito.

Otro sector de iglesias está compuesto por las asociaciones de pastores, que, desde la década de 1980, reúne a las llamadas iglesias independientes. En este período se ha destacado la gestión de la Asociación de Ministros del Evangelio (ADME), que representa iglesias en Bogotá, pero que se ha extendido a otras ciudades e incluso a nivel internacional. Estas iglesias, en su mayoría, votaron por el No y procuran impulsar su participación política de manera abierta. ADME estuvo cerca del político evangélico Ricardo Arias, del Movimiento Libres.

Un quinto grupo lo forman las llamadas iglesias históricas. Estas se han caracterizado por su trabajo social y, algunas, por su compromiso con la construcción de la paz. Es presumible que, dentro de estas iglesias, se produjera un predominio del sufragio a favor. A este conjunto responderían iglesias como la Luterana, Presbiteriana de Colombia, Menonita, Bautista y la Asociación de Iglesias Evangélicas del Caribe. Ellas han apoyado el trabajo por el fin del conflicto desde hace más de veinticinco años, tanto al interior de la Comisión de Paz de CEDECOL como fuera de esta organización, por ejemplo en la Red

Ecuménica de Colombia y en el Diálogo Intereclesial por la Paz (DIPAZ), en los que participan ahora otras organizaciones cristianas. En estos espacios, han existido acercamiento y trabajo conjunto con sectores de la Iglesia católica y respaldo de organizaciones internacionales y ecuménicas como el Consejo Mundial de Iglesias.

¿Cuáles fueron las razones para que estas iglesias se orientaran por el Sí o por el No?

Se pueden identificar al menos dos variables.

Una es la variable política. Algunas iglesias tienen vínculos con sectores políticos, partidos o movimientos, que las consideran como su “ala eclesial”. Esto resulta evidente y público en el caso de la Misión Carismática Internacional en relación con el Centro Democrático: su antiguo Partido Nacional Cristiano hizo alianzas con diferentes partidos durante los años de existencia jurídica y política. Otro ejemplo: la Iglesia Ministerial de Jesucristo Internacional y su partido MIRA, que votó por el Sí en el plebiscito.

En el caso de otras iglesias no es muy clara esa asociación, pero, desde luego, sus opciones políticas se pueden orientar en una amplia gama de tendencias de centro izquierda y centro derecha. No siempre la feligresía está consciente de estas filiaciones políticas.

La otra variable es la teológica. El discurso religioso manifestado en la predicación y en los estudios bíblicos también ha influido en la inclinación de las iglesias hacia un lado u otro. Algunas se orientan a partir de un discurso teológico en el que el mundo es malo y se debe luchar con el mal que lo está dominando. En estas iglesias, la comprensión del mal comienza desde la “microética”, que se ocupa de asuntos como la familia, el aborto y la eutanasia, entre otros.

En el debate sobre el plebiscito, el tema “ideología de género” estuvo en el centro de la discusión. Lo que ha quedado claro, hasta hoy, es que la gran mayoría de iglesias no aceptan que la corriente del movimiento LGTBI haya intentado usar el Acuerdo como una plataforma para promover sus proyectos. Además, el “enfoque de género” —que es el término usado en el texto del Acuerdo— se percibió como una amenaza a la existencia de la familia, por las implicaciones futuras que pudiera tener legislar sobre tópicos como educación, y por la estigmatización de la que puede ser objeto la iglesia al predicar en contra de la “ideología de género”. La posición de las iglesias y organizaciones que favorecieron el Sí hace evidente que entendieron el “enfoque de género” como una reivindicación de los derechos de las mujeres y, además, aceptaron que los derechos de todos deben ser igualmente reconocidos sin distinción alguna, incluyendo los concernientes a la orientación sexual.

Iglesias conocidas como neopentecostales tienen un discurso más positivo respecto al “mundo malo”, porque entrevén el tema como un espacio que puede ser conquistado. Para eso hay que dejar la timidez e irrumpir en la política. En el horizonte, está la transformación de la sociedad por la imposición de los valores cristianos, bajo el liderazgo de la iglesia. Algunos pueden ver este modelo como una nueva versión de cristiandad no católico-romana.

Semejante variable teológica puede ser apreciada, también, desde otras perspectivas. Al interior de las iglesias históricas, el mundo es visto como algo pasajero, pero posible de ser transformado: no hay una visión negativa del mundo, sino que se le reconoce como la casa que Dios ha dado a todos para vivir. De ahí que se distingan por una mayor apertura, no solo respecto a la participación política, sino a la promoción del ser humano, de sus cualidades y el desarrollo de su potencial. La educación, la acción social y la organización política son prioridad en la proyección de estas iglesias. Los temas son analizados más desde la perspectiva de la “macroética”; la pobreza, la injusticia, la desigualdad y, por ende, las transformaciones sociopolíticas están dentro de su horizonte de interés.

Tres corrientes teológicas de los últimos cuarenta años pueden ser el paraguas de estas variables teológicas. Por un lado, la teología de la liberación, nacida en los años setenta del pasado siglo, que promovió la opción por los pobres y animó las posibilidades de transformación social; la teología de la misión integral, que revisó el concepto de misión y su alcance a todas las dimensiones del ser humano, tanto en lo individual como en lo colectivo; y, finalmente, la teología o “evangelio de la prosperidad”, surgido a mediados de los ochenta del siglo xx, que ha sido la opción de muchos pobres, animados por la posibilidad de transformar su situación socioeconómica.

La definición por el Sí o el No manifestada en el pasado plebiscito por parte de las iglesias sobre el acuerdo entre el Gobierno y las FARC es un asunto confuso y marcado por una gran diversidad de posiciones, por lo que habría de tenerse más cuidado al asegurar que las iglesias evangélicas de Colombia fueron las impulsoras del No, tal cual se expresaba al inicio. Solo si se reconoce esta diversidad se podrá comprender mejor porqué estas iglesias no estarán completamente unidas tampoco en 2018, cuando estemos, de nuevo, ante las urnas, definiendo el próximo gobierno. Definitivamente, es mejor utilizar la expresión “las iglesias” para referirse al papel desempeñado por ellas dentro del proceso en cuestión, en lugar del muy indefinido singular “iglesia”, aunque este sea el que defina teológicamente su ser. Su historia ha atestiguado la enorme diversidad que acoge en su interior, una complejidad que no debería tratar ser menospreciada o suprimida. ♦

# Carta a las iglesias de Colombia

En ocasión del 70 aniversario del Seminario Evangélico de Teología, nos hemos reunido aquí en Matanzas, Cuba, para celebrar fecha tan significativa para la educación teológica ecuménica en América Latina y el Caribe.

Hemos seguido con gran expectativa el proceso hacia la paz en Colombia, antes y después de los diálogos y negociaciones por la paz en La Habana entre las FARC y el gobierno colombiano, y nos regocijamos con la buena noticia de su culminación con la firma de los acuerdos en Cartagena de Indias.

Hermanos y hermanas: los resultados del referéndum del 2 de octubre frustran y entristecen, tanto a ustedes como a nosotros. Pero nuestra fe anima la esperanza. Nos solidarizamos con las iglesias y organismos ecuménicos que han luchado a lo largo de tantos años para que el pueblo colombiano camine por sendas de paz y justicia.

Hemos orado, y seguimos orando, para que la fuerza del Espíritu Santo los ilumine y acompañe. El camino de la paz no es solo la opción que detiene la guerra, sino que es el único horizonte que construye la vida y promueve la reconciliación para el conjunto de la sociedad colombiana.

Seguimos, con renovado ánimo y esperanza viva, en comunión con ustedes, en la afirmación que nos une a Jesucristo, el Príncipe de Paz.

Que la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

Matanzas, Cuba, octubre 4 de 2016

## Mensaje del 36 Congreso de Teología sobre “Migrantes, refugiados y fronteras: de la exclusión a la hospitalidad”

Del 8 al 11 de septiembre de 2016 hemos celebrado el 36 Congreso de Teología, que ha reunido a personas y colectivos procedentes de los diferentes continentes, pueblos, culturas y religiones para reflexionar sobre el tema “Migrantes, refugiados y fronteras: de la exclusión a la hospitalidad”. En él han participado activistas sociales comprometidos en los campos de refugiados y en las zonas fronterizas, que han aportado sus experiencias. Nos han acompañado representantes de pueblos oprimidos y olvidados. Hemos contado con especialistas en relaciones internacionales, procesos migratorios, trata de seres humanos, teoría de género, así como con teólogas y teólogos, que han hecho análisis críticos de la situación y han ofrecido interpretaciones liberadoras de los textos religiosos.

1. Existen en el mundo 200 millones de personas migrantes, 60 millones de desplazados, 20 millones de ellos refugiados y 40 desplazados internos, y 4 millones de víctimas de trata. Las personas más vulnerables son los niños, las niñas, mujeres, gays, lesbianas, bisexuales, transexuales, intersexuales, sometidos a todo tipo de vejaciones: acoso sexual, agresiones físicas, trata de personas, tráfico de órganos, trabajos forzados, prostitución, violencia de género. Son personas sin nombre, sin cara, sin identidad reconocida. Viven una soledad social, política, moral y jurídica. Se les niega la dignidad y el derecho a la vida, como demuestran las miles de personas muertas en el legítimo intento de atravesar las fronteras.
2. En expresión de Francisco, estas personas son consideradas “población sobrante”, producto de la “cultura del descarte”, que nos vuelve incapaces para compadecernos ante los clamores de los otros. Son víctimas de un sistema basado en el Dios Dinero, del capitalismo perverso y de la acumulación mafiosa del capital. Quien se beneficia de esta situación es una elite político-económica, patriarcal, colonial, racista y antiecológica, que pone en marcha tres grandes negocios: el de la seguridad, el de la economía política de las migraciones y el de la gestión de las personas en movimiento.

3. A pesar de las discriminaciones que sufren, las mujeres inmigrantes, refugiadas y desplazadas demuestran una gran capacidad de resistencia, resiliencia y empoderamiento.
4. Los países de acogida son, en su mayoría, países del Sur, mientras que la mayoría de los del Norte cierran sus puertas a cal y canto, protegen sus fronteras con vallas, concertinas, policías y fuerza militar, niegan el derecho de asilo, siguen políticas equivocadas de seguridad, incumplen los protocolos internacionales y sus propios compromisos, y no demuestran voluntad de acogida.
5. La insolidaridad de los estados del Norte contrasta con la solidaridad que demuestra una parte importante de la sociedad, que adopta actitudes de hospitalidad, y con el trabajo de los movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales y personas cooperantes, que colaboran en los campos de refugiados y en las fronteras. El papa Francisco está adoptando actitudes ejemplares de acompañamiento y acogida, al tiempo que denuncia la hipocresía de los gobernantes y de los poderes económicos y financieros europeos. Dirigiéndose a ellos en su visita a Lampedusa pronunció la palabra “vergüenza”. A los parlamentarios europeos les dijo que no es tolerable que el Mediterráneo se convierta en un gran cementerio ni que se niegue acogida a quienes llegan a diario a nuestras costas, muchas veces muriendo en el intento en las barcazas. Actuar de esta forma es negar su dignidad y favorecer el trabajo esclavo.
6. La actitud hospitalaria del papa contrasta con la insensibilidad de un sector importante de la jerarquía católica española ante el drama de las personas migrantes y refugiadas, cuyos problemas parece serles ajenos o no son prioritarios en su agenda pastoral. Amén de insensibilidad, hay obispos que amparándose en un mal uso de la libertad de expresión, adoptan actitudes racistas, xenófobas, excluyentes e inhospitalarias cuando alertan irresponsablemente sobre la “invasión” de los refugiados, cuestionan que todas las personas que cruzan la frontera sean “trigo limpio” y afirman que a Europa vienen muy pocos porque sean perseguidos. Alguno ha llegado a decir que la llegada de los refugiados es el Caballo de Troya de las sociedades europeas y, en concreto de la española, y que la acogida de los refugiados puede quedar muy bien, pero que “hay que saber lo que hay detrás”. Estas declaraciones se hacen desde la impunidad jurídica y el disfrute de privilegios de todo tipo de parte del Estado: educativos, sociales, fiscales, económicos, financieros. Privilegios que los alejan del Evangelio como mensaje liberador de Jesús de Nazaret.

7. Queremos denunciar enérgicamente tales declaraciones, que demuestran ausencia total de misericordia y falta de sentido de hospitalidad, se alejan del mensaje hospitalario de la Biblia, que pide amar a los emigrantes, no maltratarlos ni oprimirlos “porque emigrantes fuisteis vosotros en el país de Egipto” (Éx 22,20), y son contrarias a la práctica acogedora de Jesús de Nazaret, él mismo perseguido, emigrante e identificado con los emigrantes (Mt 25,31-45).
8. En nombre del Dios de la Vida y de la Paz condenamos el terrorismo, en este caso el terrorismo que dice basarse en motivos religiosos y matar en nombre de Dios, y que provoca la salida de poblaciones enteras para huir del terror.
9. Exigimos a los estados:
  - cumplir los protocolos internacionales en materia de inmigración, refugio y desplazamiento;
  - abrir rutas seguras que impidan caer en las redes de las mafias;
  - no participar en el negocio de venta de armas que se utilizan para apoyar al terrorismo y a los gobiernos dictatoriales;
  - combatir el racismo institucional; negar legitimidad a gobernantes corruptos y autócratas;
  - apoyar a las organizaciones humanitarias que trabajan sobre el terreno;
  - fomentar políticas de desarrollo en los países de origen;
  - cumplir sus compromisos de acogida;
  - fomentar el diálogo intercultural, interreligioso e interétnico.
10. El Congreso quiere expresar su solidaridad con los pueblos oprimidos y olvidados como el kurdo, el palestino y el saharai, a quienes se les niega su derecho a la independencia y se los somete a todo tipo de vejaciones. Todos ellos tienen numerosos emigrantes, refugiados y desplazados.
11. Las personas que hemos participado en este congreso de teología nos comprometemos a:
  - luchar contra la ideología y el sistema económico que provoca la exclusión de millones de personas;
  - denunciar la sistemática transgresión de los derechos humanos de las “personas en movimiento” por parte de los gobiernos;
  - trabajar por otro mundo posible hospitalario;
  - seguir la práctica solidaria de Jesús de Nazaret;
  - hacer una nueva teología de la emigración;
  - *pasar* de la exclusión a la hospitalidad.

En Madrid, a 11 de septiembre de 2016.



## Federico Pagura: “No le tengo miedo a la muerte, sí a una vida sin sentido”

Muchos religiosos lo consideran un profeta; para otros es emblema de esperanza. Con una trayectoria de compromiso y coherencia, aun en los momentos más dramáticos de la historia argentina, el obispo metodista Federico Pagura<sup>1</sup> no le escapa a esas miradas porque sabe del peso de sus palabras. Cerca de cumplir noventa y dos años, tiene su hogar en la zona sur de Rosario, en la misma casa donde vivieron y murieron sus padres, donde compartió una vida con y despidió a su esposa. Es un lugar sencillo, como un espejo del hombre que dice que allí esperará el final de sus días. Libros, fotos y recuerdos se cruzan a cada paso. De estatura mediana, pelo blanco y andar pausado, se apasiona cuando expone sus ideas y sonrío de felicidad al hablar de sus tres hijos, cuatro nietos y dos bisnietos. Asegura que no le tiene miedo a la muerte, pero sí a una vida inútil y sin sentido; cree que a la droga hay que enfrentarla con medios científicos y espirituales y que el papa Francisco ayudará a la transformación de la Iglesia católica.

---

Fuente: *La Capital*, Buenos Aires, 23 de noviembre de 2014. Disponible en: <http://www.lacapital.com.ar/secciones/laciudad.html>.

Pagura, quien se declara respetuoso de todos los credos y acepta con gusto las invitaciones para asistir a las misas que se ofician en su barrio, cuenta que ya escucha poco de un oído y que ve menos de un ojo; invita a un vaso de agua fresca y advierte que, como buen obispo jubilado, dispone de tiempo para una charla sin urgencias.

*¿Cómo llegó a la iglesia metodista?*

Cuando era muy pequeño mis padres me trajeron de Arroyo Seco a Rosario, porque querían que estudiara en el Colegio Americano. Yo provengo de una familia ecuménica: mi abuelo paterno era friulano, organista y activo miembro de la Iglesia católica en Italia. Cuando llegó a la Argentina empezó una búsqueda que culminó con la creación de la Iglesia Evangélica Metodista de Arroyo Seco, sin que supiese nada de la Reforma, de Lutero, de Calvino ni de lo que había pasado en el siglo XVI. Mi abuelo materno era uno de los patriarcas de la zona; muy católico, más que nada de confesión verbal. Tenía una hermosa biblia, que no se abría ni se leía. Él tenía el propósito de pagarme los estudios si yo me bautizaba como católico, pero, como no lo hice, perdí la posibilidad de esa beca vitalicia. Así fue como ingresé al Colegio Americano cuando todavía no entraban varones, porque la obra empezó con niñas.

*¿Y cómo hizo para entrar?*

Coincidió con tres o cuatro varones que querían hacerlo; fuimos los primeros. En aquel tiempo, el colegio estaba en calle Laprida entre 9 de Julio y Zeballos.

*¿Con qué Rosario se encontró en ese momento?*

Con una ciudad hermosa. Me pareció así desde el primer momento, por el carácter de sus habitantes, por sus costumbres. Con un sentimiento solidario y humanitario muy fuerte. Además, tuve el privilegio de cursar el secundario en el Colegio Mariano Moreno, Normal Nacional N° 3, donde encontré mucho afecto.

*Paradójicamente, también era una ciudad de mala fama.*

Parece mentira, pero viví mis primeros años en Rosario en contacto casi inconsciente con el hampa. En los años treinta, supimos lo que es la crisis, que atravesó al país con la desocupación. Fue un tiempo de necesidad económica y espiritual. Vivimos dos veces en un conventillo. Quizá, como nota jocosa...: cuando fui a pedir la mano de la que fue mi esposa por sesenta años, el padre, que era un vasco bien vasco, me hizo una pregunta muy directa: ¿Usted no tendrá

ninguna conexión con la mafia? Yo le dije que no tenía nada que ver. Pero la mafia estaba instalada con fuerza. De manera que al dolor de las carencias de las familias, que a veces no tenían para mandar a sus hijos a la escuela, había que sumarle la plaga de la mafia.

*Ahora, cuando mira a su alrededor, ¿qué ciudad ve?*

Estoy comprobando algo que ya había visto, en toda su crudeza, en otros países. Cuando en aquellos años se hablaba de tráfico de drogas, yo siempre decía que Argentina era un país tranquilo en ese sentido y que la droga era un ave de paso, pero que no hacía nido en Rosario. Incluso, cuando volví a la Argentina estuve viviendo en Mendoza y era la extensión del paraíso. Nadie se imaginaba lo que estaba empezando a engendrarse y que iba a generar frutos tan amargos con el correr de los años. Despertamos en los últimos treinta años a la realidad de la drogadicción, que era desconocida para nosotros.

*En esos años, la Argentina sufría otro tipo de violencia: la de la persecución política*

Es cierto. En Mendoza, comenzamos a ver los signos de la dictadura militar; junto a otras iglesias, atendimos a miles de personas perseguidas por la dictadura de [Augusto] Pinochet en Chile. Sentimos la fuerza de la violencia cuando pusieron una bomba en la iglesia que yo atendía. Recuerdo que vivía con nosotros mi suegra, que se asustó mucho; para ponerla a resguardo la enviamos a Rosario, a la iglesia de la calle Laprida. Al segundo día de llegar, pusieron una bomba al lado de la iglesia, a un maestro. En broma, me decían: “parece que tu suegra se ocupa de poner bombas en las iglesias”.

*¿Las iglesias están en desventaja dentro de una sociedad que se rige por los mandatos del consumismo?*

Hay que hacer una diferenciación. En la iglesia primitiva, los cristianos estaban acostumbrados a compartirlo todo; había un sentido de que lo material jugaba un papel importante y que era imprescindible que se le prestara atención. La Biblia tiene, en el Antiguo Testamento, la voz de los profetas, que es una voz que va al corazón de la problemática socioeconómica y, hasta hoy, sigue siendo fundamental para nosotros, los metodistas. Tuvimos el privilegio de que nuestro movimiento fuera fundado por John Wesley, quien tenía conciencia de que el evangelio debía significar una transformación personal, seguida de una transformación de la sociedad. Por eso, nos preocupamos seriamente por la vida concreta y diaria del ser humano. No olvidemos que el socialismo, en Inglaterra, nació en la Iglesia metodista; así surgió el laborismo, que atacó la esclavitud y la

usura, y no como el de ahora, que es un laborismo rosado. Como dijo el teólogo estadounidense Niebuhr: el metodismo hará su mejor contribución a las iglesias y al mundo si mantiene una fe profunda y un compromiso social permanente.

*¿Cómo cree que se enfrenta la problemática de la drogadicción?*

Hay que combatirla con medios científicos, culturales y espirituales. No tendríamos que ver una contraposición entre estos enfoques; son complementarios. Hubo un tiempo, es cierto, en que lo religioso y lo científico estaban en permanente confrontación, pero eso ya no sucede. Por el bien de la humanidad, debemos trabajar mancomunadamente para detener un cáncer como este, que está penetrando la vida de los jóvenes.

*Usted ha escrito himnos, tangos y libros, siempre con un denominador común: la esperanza.*

No me propuse escribir sobre algo en particular, pero me brotó eso. Estuve implicado en los tiempos difíciles de la Argentina: fui perseguido, me hicieron denuncias y sufrí amenazas. También conocí situaciones muy duras en Centroamérica y, en todas ellas, aparecía la palabra profética de esperanza: no desmayen, tengan ánimo, hay fuerza. Recuerdo que, cuando estuve en Nicaragua, en pleno triunfo de la revolución sandinista, aparecía el presidente Daniel Ortega y proponía: “Cantemos el himno de Pagura”. Era una manera de decir: “hay esperanza”. Entre mis tangos, el que es más exitoso, que ha sido traducido a gran cantidad de idiomas y ha llegado a todo el mundo, es, precisamente, “Tenemos esperanza”.

*¿Hay buenas formas de morir?*

Si pudiese elegir, me gustaría una muerte plácida.

*No me refería a su muerte. Pretendió ser una pregunta genérica.*

Cuando uno conoce la fe cristiana, cualquier forma puede ser buena para morir. Asimismo, cualquier muerte puede ser una tragedia irreparable sin la esperanza que Jesús trajo al mundo. Fíjese usted que, en un coral, se dice que la muerte es el fin de un camino y un tiempo de liberación, especialmente, para aquellas personas que tienen que vivir cosas muy difíciles por razones físicas, por soledad, persecuciones o violencia. Para muchos, es una liberación. En cambio, no encuentro una justificación para adelantar esa muerte o para escapar de la vida a través de un suicidio. Pero no juzgo al suicida; solamente Dios puede juzgar y conocer a una persona en su interioridad más profunda. Y creo que una persona enferma y que consuela al que está sano, es, de las dos, la que tiene más vida.

*También escribió sobre la muerte.*

Sobre la esperanza en la muerte. Digo que no le tengo miedo a la muerte como sí le temo a una vida inútil, a una vida estéril, a una vida que perjudica a los demás. Esa sí que es muerte.

*Entonces usted puede vivir tranquilo...*

Lo aprendí de joven. No le tengo miedo a la muerte sino a una vida sin sentido.

*¿Qué piensa del aborto?*

Es un tema candente y un debate inevitable. Merece la pena estudiarse a fondo con los elementos científicos de que disponemos hoy, pero, también, con los morales, que no debemos perder de vista.

*Gente que profesa distintas religiones habla de usted como un profeta y vanguardista.*

Yo no me llamo profeta, cuánto más me podría llamar aprendiz de profeta. En la Biblia uno encuentra a los grandes profetas del Antiguo Testamento, hombres que veían el mal y lo denunciaban aunque corrieran peligro sus vidas, porque era su deber hacerlo. Y, a la vez, en medio del dolor y el sufrimiento, veían tiempos de consolación.

*¿Cuál es su mirada respecto a los que matan en nombre de un Dios?*

Escribí, en estos días,<sup>2</sup> un texto que llamo “El mundo entero entre la vida y la muerte”. Menciono, en uno de los párrafos, que el actual presidente de Israel está desconociendo a los grandes profetas de la religión judaica, a los que lee en su casa o habrá leído en algún momento. Los desconoce o no los ha entendido a juzgar por lo que está haciendo con el pueblo palestino. Por eso, respeto y me alegra tanto que un argentino como [Daniel] Barenboim trabaje con un palestino para hacer un poco más justa y digna la vida. Es una forma de terminar con esa visión de prejuicio religioso. No todo lo religioso es bueno; las religiones, también, pueden llevar a fanatismos.

*En 2012, en una carta dirigida a los obispos argentinos, usted se preguntaba si el Vaticano se hacía carne de la opción por los pobres.*

Yo le diría que ha sido una opción real por mucho tiempo. En el mismo seno de la Iglesia Católica Apostólica Romana he conocido desde obispos hasta monaguillos que llevan una vida de servicio y amor admirable. Yo daría falso testimonio si negara esa realidad. Si usted me pregunta si ese compromiso lo tienen todos los obispos, todas las iglesias, la respuesta es no. Trabajé con monseñor Jorge Novak [exobispo de Quilmes] durante veinticinco años y jamás

tuvimos una discusión, porque vivíamos para los más necesitados. Y así fue hasta que murió.

*¿Cree que el papa Francisco podrá profundizar ese camino?*

Francisco está siendo y va a ser —si no hay algún loco que le quiera quitar la vida— un gran beneficio para la transformación de la Iglesia católica. Todas las demás iglesias también necesitamos cambiar y ser mejores servidores de nuestra generación. Ya le envié dos cartas y me las contestó. Ahora<sup>3</sup> le voy a escribir otra, porque hay que darle mucho aliento en la lucha que está liderando.

*¿Cómo es su vida de obispo jubilado?*

Yo estoy *requetejubilado*. Pero Lutero decía que todos somos sacerdotes al servicio del bien, de la justicia y la paz. Se refería al sacerdocio universal de los creyentes, como él lo llamaba. Creo que hay hombres y mujeres quienes, sin hablar en términos religiosos, están viviendo el evangelio, lo llevan en su sangre, en su conciencia, y están prestando un gran servicio a su generación. Y muchos otros pueden estar cargados de biblias, de signos y vestimentas religiosas, y, sin embargo, no hacen lo que Dios espera de ellos. Volviendo a su pregunta, cada etapa de la vida tiene sus alegrías y tristezas. Yo recibo, con gratitud, estos años de vida y digo: “Señor, cuando te hayas cansado de jubilarme, deja que pueda ir a descansar yo también”. ♦

## Notas

- 1 Federico Pagura (1923-2016). Fue un teólogo, pastor y obispo de la Iglesia Evangélica Metodista Argentina. La Universidad de Toronto lo designó doctor *honoris causa* en Humanidades y fue objeto de similar distinción, en Divinidades, por la Universidad de Paul, en Indiana, los Estados Unidos. Sirvió como presidente del Consejo Latinoamericano de Iglesias, fue fundador del Movimiento Ecuménico pro Derechos Humanos en Argentina y presidió el Consejo Mundial de Iglesias en América Latina y el Caribe. Escribió himnos, poesías, cartas, sermones, liturgias y otros textos, tanto teológicos como sociales. En varias ocasiones visitó Cuba, demostrando su amor y solidaridad con la iglesia y el pueblo de la Isla. (N. de la editora general.)
- 2 Se refiere al año 2014, en que se realizó esta entrevista. (N. de la editora general.)
- 3 *Idem*.

# Didajé

¿Te perdiste alguno de nuestros números?  
¡Pídenoslo!



No. 1, 2012



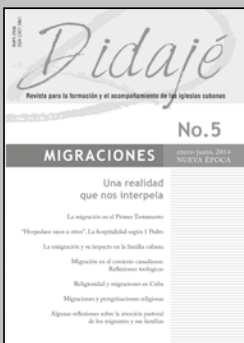
No. 2, 2012



No. 3, 2013



No. 4, 2013



No. 5, 2014



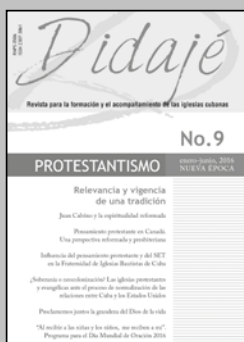
No. 6, 2014



No. 7, 2015



No. 8, 2015



No. 9, 2016

## REVISTA PARA LA FORMACIÓN Y EL ACOMPAÑAMIENTO DE LAS IGLESIAS CUBANAS

Calle Dos de Mayo (final), 40100 Matanzas ♦ cubateologica@seminario.co.cu  
Para adquirir otros números, revisa nuestra web: <http://www.setcuba.org>

*La Fe: UNA VIDA*

*Una confianza compartida y proclamada.  
La certeza de ser amado  
y de poder, por fin, amar.  
Y mientras tanto, en ciertas horas,  
en ciertos días,  
la duda.*

*Una especie de noche en la que se busca  
una promesa, una herencia,  
una elección, una adhesión,  
una búsqueda, en comunión,  
un testimonio día tras día,  
después de tantos otros  
y antes de otros muchos.*

*Un Padre que da a su Hijo por amor.*

*Un Hijo que da su vida por amor.*

*Una simiente pequeñita que se hace árbol.*

*Una lucha, un combate por la paz,  
por la justicia.*

*Una liberación.*

*Una iluminación.*

*Una contemplación serena de un rostro amado.*

*Una conversación familiar con un amigo.*

*En el fondo del corazón, una alegría secreta.*

*En lo más íntimo, una esperanza loca.*

*La Fe: UNA VIDA,*

*un amor,*

*una fuente que mana sin cesar  
por toda la eternidad.*

Roger Schutz (1915-2005)

Fundador y prior de la Comunidad de Taizé